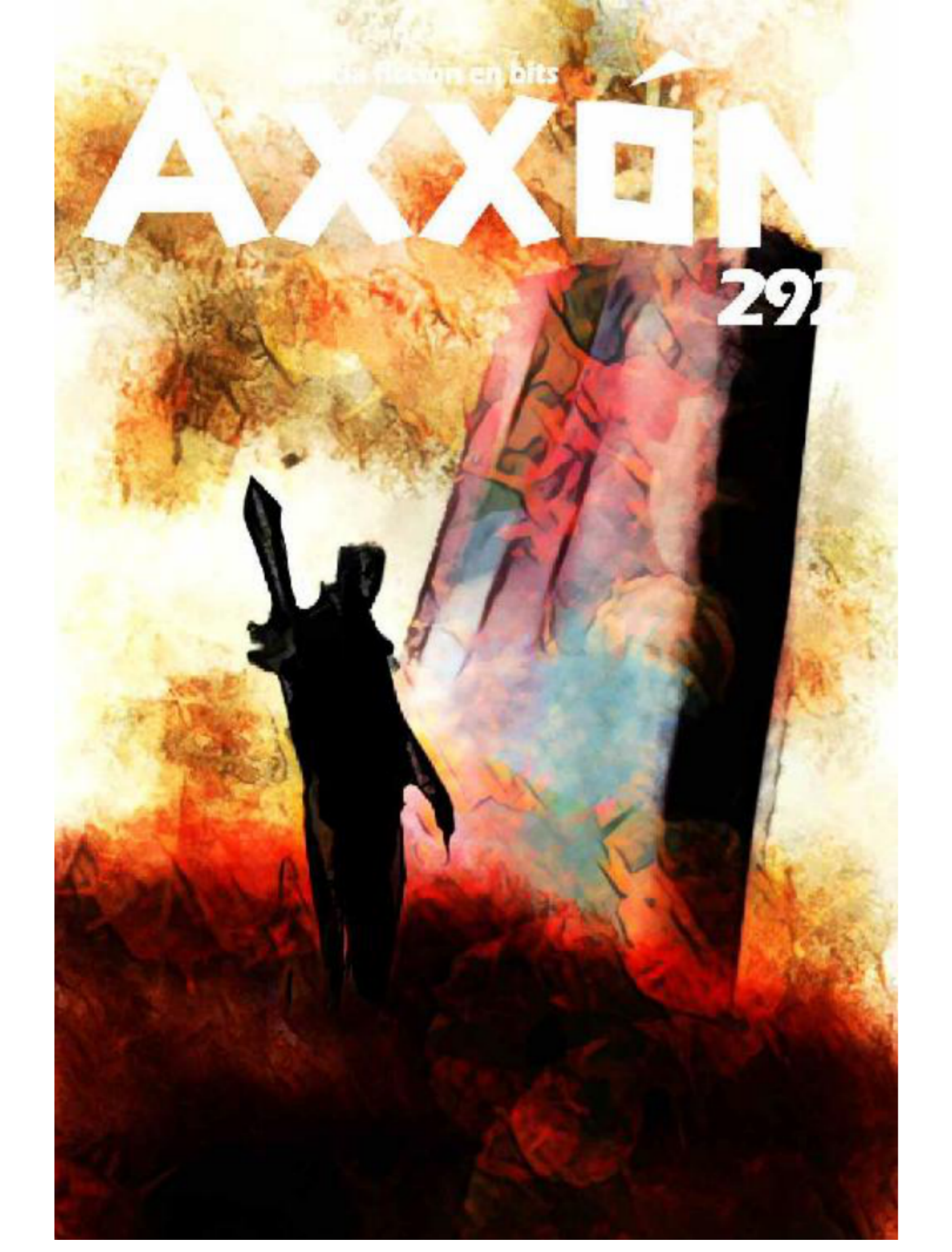

ficción en bits
AXXÓN
297

Axxón 292, febrero de 2020

- **Editorial:** Urbanidades, Marcelo Huerta San Martín
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Dedicatoria, Prólogo, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 1, Capítulo 2, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 3, Capítulo 4, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 5, Capítulo 6, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 7, Capítulo 8, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 9, Capítulo 10, Víctor Conde
- **Ficciones:** Todo está lleno de trank: Capítulo 11, Víctor Conde
- **Equipo:** Equipo, Axxón

Acerca de esta versión

Editorial - Axxón 292

ARGENTINA

Estábamos preparando el siguiente número de Axxón, trabajando al mismo tiempo en un proyecto *urbano* que detallaremos más adelante, cuando nos llegó la colaboración de un amigo de la casa: Víctor Conde, quien nos ofreció publicar una novela corta. La leímos, nos gustó y decidimos publicarla, para hacer honor a la coincidencia urbanística.

La historia que nos acerca Víctor, *Todo está lleno de trank*, nos muestra el fuerte impacto de un primer contacto en ciertas faunas urbanas… y cómo los humanos podemos tener las reacciones más insólitas ante lo extranjero, lo desconocido, lo *alien*. No hay aquí diálogos filosóficos con actores maquillados con apliques de goma: hay una ineludible *alienidad* que atraviesa todo el relato y que produce serias consecuencias.

Pero la aparición del texto que mencionamos también tiene relación con algo en lo que veníamos trabajando en silencio, y aquí recide la coincidencia que mencionábamos: Víctor Conde es co-fundador de Urbys, nuestro proyecto de ciudad-ficción que se construía por medio de relatos y que arrancó con entusiasmo, pero que luego de un tiempo se detuvo.

Es la intención de quien esto escribe (recibida con interés por Víctor mismo) que, luego de modernizar y reordenar un poco la apariencia de Urbys y de darle un nuevo lugar en nuestro sitio, empecemos a recibir nuevas colaboraciones que permitan expandir sus ficciones y darles espacio a autores nuevos y conocidos que quieran aportar más historias a nuestro barrio en creación continua.

Continuaremos trabajando en la remodelación de Urbys y les avisaremos de las novedades. Por ahora, sumérjanse en el paisaje urbano que Víctor nos trae.

Bienvenidos al nuevo número de Axxón. Que lo disfruten.

Todo está lleno de trank: Dedicatoria, Prólogo

Víctor Conde

 ESPAÑA

DEDICATORIA

Para Xavier y JuanAn, mis queridos Frikismikis.

La polilla lunar, la polilla lunar,
Ha llegado ya, se alza en vuelo ya,
La polilla lunar. Todos adorad, todos cantad
A la polilla lunar.

—Canción infantil surgida en Malasia a raíz de la llegada de los Vahn.

Hay cosas que son tan grandiosas que no las podemos analizar con objetividad ni aunque las tengamos delante de nuestras narices. La invasión de esa raza extraterrestre, por ejemplo: los Vahn. ¿Es realmente agresiva? ¿Nos están invadiendo, o no es más que una paranoia de algunos científicos? ¿Son benévolos o malévolos, los Vahn? Y lo más desconcertante… ¿cambiaría en algo que fuesen buenos o malos… el hecho frío de que nos estén conquistando?

—María Lindenbrock, analista del consorcio europeo para el estudio de los Vahn.

PRÓLOGO: Año 2101 d.C. / 28 d.V. (después de los Vahn)

Marga ejecutó en su *KeG* un refinado floreo.

El cielo era salvaje aquel día: consistía en un disco azul incrustado de lapislázuli y cosido a los extremos del mundo por sus costados, en plan cuenco. Una aureola de brillante piel de víbora. Había jirones de nubes por debajo, empujados por vientos con mucha prisa, vientos impacientes, que los llevaban de una punta a otra de ese cuenco.

Un estremecedor trémolo brotó de su *KeG*, indicándole que las conexiones con la red central se habían apagado. Marga maldijo en arameo a todos los dioses que conocía y se colocó bien las gafas de escalador. Mirando al horizonte, allá donde el gigantesco cuenco del cielo se curvaba sobre sí mismo y tocaba la tierra, lo único que se apreciaba era desierto: naturaleza salvaje. Ni rastro de civilización. Ni la menor huella de ninguna ciudad o pueblo abandonado, antena repetidora de señales o estación de servicio de carretera.

Estaba sola, y lo sabía. Más sola que ningún otro ser humano desde hacía… pues por lo menos tres o cuatro siglos. Las nubes, las nubes se escapaban lejos. Ojalá, deseó, pudiera ser nube. Se habría conformado con ser un frágil cúmulo nimbo con tal de haber podido sobrevolar aquella cordillera.

Trotó cien metros más. Empezó a jadear por la altura y la falta de oxígeno y tuvo que pararse. Las montañas no eran muy escarpadas, pero sí extensas, quizá demasiado para una mujer sola. ¿Cómo se llamaba el país que hasta hacía poco se proclamaba orgulloso poseedor de aquel fenómeno natural? China, Zhongghuô. Pero China ya no existía: había entrado en un segundo periodo de revolución y había quedado arrasada luchando contra sí misma. ¿Quería decir eso que aquellas montañas ya no tenían nombre?



Ilustración: Pedro Bel

Se chupó las encías, preocupada. No era la falta de agua lo que la tenía casi derrotada, sino la de comida. Tendría que encontrar pronto la salida de aquel desierto, o alguna manera de hallar árboles frutales o animales que corriesen poco, o moriría de inanición. La habían tenido casi dos días sin comer en la prisión de los terroristas hasta que logró escapar, y de eso

hacía… ¿cuántas horas? No podía saberlo, pero seguro que muchas.

Lo peor de todo, la auténtica tortura, era que llevaba una mochila cargada de obleas de pan a la espalda. Rico y sabroso pan, nutritivo, lleno de fuerza y energía, cuyo olor la estaba carcomiendo… —*¡Basta, no pienses más en eso, por piedad!*—. Pero no podía tocar ni un solo gramo. Ya había lamido los bordes de las obleas, ablandándolas, para ver si así se le transmitía al estómago algo de su potencial nutritivo… pero no daba resultado. No bastaba con el olor, ni con lamer el pan. Si no quería morir de hambre, tendría que comérselo.

Y eso supondría una irreparable pérdida para la ciencia.

Marga era, antes incluso que mujer y madre de familia, una científica. Física especializada en la teoría del campo unificado, para ser más exactos. Tenía cuarenta y siete años y un par de buenos doctorados a sus espaldas, e incluso un premio Andrus que llevaba más de una década cogiendo polvo en su aparador —nunca se acordaba de pasarle aunque fuera un trapito—. Marido, hijos, decanato en la Universidad de Esmirna… y una deuda pendiente con un grupo teórico-terrorista que se hacía llamar Noviembre Negro. Los teórico-terroristas no ponían bombas, pero sí que eran violentos y a veces secuestraban o disparaban a la gente.

A lo que se dedicaban era a dinamitar los cimientos teóricos de la ciencia moderna y tergiversarla para que no funcionara. Para que dejara de serle útil a la gente. Una vez, habían cambiado la fórmula para deducir el movimiento lineal de una partícula de todos los servidores web del mundo, y nadie se dio cuenta hasta cerca de dos meses después. En otra, se enteraron de que una científica japonesa había hecho un descubrimiento crucial para entender la tecnología de los Vahn y la secuestraron antes de que pudiera comunicárselo al mundo. A ella y a su asistente —la propia Marga—. Ella había conseguido escapar del búnker, su mentora no.

Esos tipos representaban una amenaza pintoresca en abstracto, pero opresiva en lo real. Y no había que tomárselos a broma. Sus pistolas disparaban de verdad.

Pobre Akane, no lo comprendió hasta que fue demasiado tarde. Siempre había sido una mujer increíblemente alegre y optimista, que confiaba en las bondades de la colaboración entre pueblos y países. Se había leído de cabo a rabo las seiscientas doce páginas del Manifiesto de la Unicultura, una declaración de amistad de todas las fuerzas científicas y creativas del mundo, y había firmado sin pensárselo los estatutos. Pobre: nunca imaginó que cada paraíso tiene sus demonios, y cada jardín su serpiente.

Ella no había podido saltar a tiempo la verja. Se quedó trabada en el alambre y las balas la alcanzaron. Sus últimas palabras fueron mudas, pues ya no le quedaba aliento, pero reverberaron en sus ojos. Marga las leyó en aquellas pupilas contraídas al tamaño de alfileres: «Escapa, llévate las fórmulas. Cuéntaselo al mundo. Que sepan lo que realmente son los Vahn». Y luego, un punto y final. El ángulo de sus finas cejas blancas y la inclinación de su distinguida nariz, que siempre le conferían un aire de solemnidad, se convirtieron en un epitafio.

Marga huyó, escaló paredes, rodó por terraplenes, gateó por zanjas. Y consiguió dar esquinazo a sus enemigos. En un par de ocasiones vio drones sobrevolando los valles, muy arriba, seguramente equipados con cámaras infrarrojas, pero en cada ocasión tuvo suerte y encontró un arbusto bajo el que meterse. Hasta ahora había logrado burlar a las balas.

El enemigo al que no podía burlar era el hambre, y sus perseguidores lo sabían.

Si no tenía un increíble golpe de suerte, encontrarían su cadáver tirado en una zanja con la mochila llena de rica comida todavía en su espalda… —*¡Que te he dicho que no pienses en esas cosas, tonta! ¡Conmigo no te hagas la loca!*—. Pero eso no era comida: eran páginas, papeles, folios garabateados. La doctora Akane no tenía hojas a mano para escribir sus fórmulas, pero la tenían esclavizada haciendo turnos de cocina y horneando pan, a pesar de que a ella tampoco le habían permitido probar bocado en dos días. Una sutil forma de tortura. Así que Akane usó los materiales más inmediatos: con la excusa de decorar las obleas, cogió una boquilla y empezó a soltar gotas de merengue que seguían un patrón secreto, una función de la desigualdad de Kraft para los códigos unívocamente decodificables. Y volcó en el pan todas sus fórmulas matemáticas. Todas sus teorías. Toda su magia.

Su ayudante, Marga, huyó con esas obleas, y sabía que si se comía una sola —ella, que no conocía los estudios de la doctora en profundidad, sino solo en sus generalidades— la fórmula estaría incompleta. La gran teoría sobre los Vahn quedaría oscurecida por enormes agujeros. Orificios con forma de galletas. Y el mundo perdería un tesoro.

Pero el estómago ya no le rugía: le *dolía*. Quemaba con un vacío ardiente, con una ansiedad horrenda. Su cuerpo, atenazado por el hambre y el sobreesfuerzo que estaba haciendo para escapar, había empezado a devorarse a sí mismo.

Miró las montañas, el paisaje que tenía por delante: para llegar a la ciudad más cercana debería atravesar brazos de un mar desecado, una

inimaginable maraña de follaje gris moteado de lagunas estancadas, y más montañas detrás. Y el único aparato que había logrado robarle a un guardián, un transmisor *KeG*, no tenía potencia ni para llegar a la siguiente esquina.

Se derrumbó sobre una piedra. La vocecilla de su conciencia se hacía cada vez más pequeña, más aplastada por el peso de la ansiedad. No lo hagas, decía aquella voz cada vez más débil. No… lo… hagas…

…Pero, mientras la escuchaba, sus manos jugaban así como quien no quiere la cosa con el cierre de la mochila. Y antes de que pudiera darse cuenta, tenía una oblea entre los dedos.

(Poniendo por caso un ejemplo hipotético, nada más)

…Antes de darse cuenta, estaba golpeando el borde del pan contra sus labios.

(Imaginemos que una de ellas se cae y se rompe. ¿Cuál sería menos lesiva para la teoría? ¿De qué parte de la fórmula se podría prescindir sin que el conjunto sufriera en exceso?)

…Antes de darse cuenta, un sabor exquisito y divino llenó su paladar y mojó su lengua y crujió dulcemente bajo sus dientes.

(Siempre hipotéticamente hablando, claro, porque no voy a hacerlo. Pero si lo hiciera, ¿qué me comería?)

Se tragó no una, sino seis obleas de pan antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, llevada por un irrefrenable éxtasis. Una pulsión de yonqui, de heroinómano con el cerebro consumido totalmente por el ansia.

Se había comido media teoría.

Marga se echó a llorar, y el desierto lloró con ella.

Todo está lleno de trank: Capítulo 1, Capítulo 2

Víctor Conde

 **ESPAÑA**

1. UN ATISBO DEL MUNDO DEL SOLO-MARCUS

Y entonces, Corea.

La influencia de la raza extraterrestre que parecía haberse extendido por todo el planeta Tierra se parecía a la de los antiguos videojuegos del siglo XXI, por buscar un símil popular. Antes de que los Vahn infectaran Internet y se hicieran con el control de todo, la gente solía pasar sus horas de esparcimiento jugando a algo que llamaban «videojuegos» o saliendo por ahí a tomar copas con la novia o con los amigos. Lo segundo no necesitaba reglas: era algo atávico que llevaba ahí desde que el mundo era mundo, y todos sabían por instinto cómo se hacía. Pero lo primero fue un movimiento social exclusivo de los siglos XX y XXI, creado por la democratización de la tecnología informática, y funcionaba —por lo poco que Marcus había podido escuchar— siguiendo modas. Grandes movimientos sociales que nacían en alguna parte de América, Europa o Asia, y que desde allí se extendían como grandes mareas hasta ocupar las horas de ocio de los frikis del mundo.

Un videojuego llamaba la atención de la gente en Corea, por ejemplo, y en muy poco tiempo generaba un culto asociado y una religión de fieles —al Cristianismo y al Islam les había costado varios siglos hacer lo mismo, mientras que esta gente lo conseguía en días—. Eso hacía que poco a poco los acólitos se fueran enganchando más y fueran aumentando su número. El culto hacia el juego se extendía como un virus hasta abarcar todas las redes sociales, todos los grupos de opinión, todos los hogares de europeos y americanos aburridos. Poco tiempo después, tal y como había llegado, el fenómeno se esfumaba como si nunca hubiera existido, y los avariciosos dedos, los hambrientos dedos que pulsaban botones, eran subyugados por el siguiente fenómeno-tontería.

Eso mismo había pasado con los Vahn, una especie sofonte que encontró el sistema solar terráqueo por casualidad —eso decían ellos—

circa 2073. Se sintieron llamados por su potente emisor de ondas de radio, y fueron atraídos hasta nosotros como polillas a la luz. Solo que no eran polillas terrestres, ni siquiera se parecían a insectos, pero los niños crearon aquella canción tan pegadiza:

La polilla lunar, la polilla lunar,
Ha llegado ya, se alza en vuelo ya,
La polilla lunar. Todos adorad, todos cantad
A la polilla lunar.

…Y así fueron llamados desde entonces: las polillas de la Luna. Los Vahn.

Marcus entendía la metáfora: para un vagabundo del espacio, el planeta Tierra es como un gigantesco altavoz de ondas electromagnéticas y de radio que chilla sin parar, más fuerte cada año que pasa, alzando su voz en todas direcciones hacia ese vacío cósmico plagado de silencio. Es un faro de ondas invisibles, una cacofonía en la quietud, un coro de voces que grita tan alto que hace daño cuando a su alrededor, y en un radio de muchísimos años luz, reina la calma. Y claro, alguien tenía que acabar escuchando esos gritos. Ese alguien fueron los Vahn. Se acercaron a nuestro sistema solar como polillas acudiendo a la llamada de la luz.

Entonces, como decía, Corea.

Marcus no recordaba muy bien cómo había llegado a ese país. De hecho, no tenía claro del todo cómo demonios había desembarcado en el continente asiático. Lo último que recordaba con claridad era estar en Europa, haberse apuntado a un concurso de desactivación de metáforas organizado por una página web… y lo siguiente eran las calles del centro de una gran ciudad llena de neón sólido, carteles publicitarios escritos en una lengua que no entendía intentando venderle productos que ni siquiera sabía utilizar, parejas de personas —siempre en parejas, era muy raro ver a alguien andando en solitario por la calle— que caminaban espalda contra espalda o con los hombros o los pechos juntos, dos caras enfrentadas, dos ansiedades en conflicto. Escritura oriental, ojos rasgados, edificios muy altos, axiomas del Sìshü, puentes alambicados. Coches que parecían proyectiles, moda esquizofrénica, desnudez vestida.

Nuevo Seúl. Sí, había llegado a Nuevo Seúl, y no sabía por qué. Tal vez la Tierra había entrado en el cataclismo final, en un periodo de no-

causalidad, y todas las pulcras y ordenadas relaciones de causa y efecto se disolvieron. La incoherencia era ahora una herramienta salvaje, una equivalencia abstracta con los caprichos del mundo.

O tal vez…

O tal vez era culpa exclusivamente suya, que tenía un cuelgue de mil demonios y ya no sabía ni dónde estaba su mano izquierda. Un fenómeno muy común entre los adictos a esa nueva droga de diseño, el trank. Puede que el cerebro de Marcus, en modo no-consciente, hubiese firmado algún papel que no debiera y eso hubiese desembocado en un avión y una charla de ligoteo con la azafata. Y que después, Marcus, un europeo de postín orgulloso de su pasado histórico, hubiese soltado sus maletas en alguna mugrienta habitación de hotel para olvidar cómo demonios había llegado allí. Abogados, señoría… todo es posible en la Viña Neurótica del Señor.

Nuevo Seúl existía, desde luego; no era una ilusión. Explotaba a su alrededor con violencia. Se expandía y crecía sin control en nueve direcciones sensoriales. Lo saludaba y se despedía de él al mismo tiempo. Era una ciudad y un organismo vivo, todo a la vez. El perfume de cien esencias se cocía a fuego lento en la trastienda de la cultura moderna. Los sonidos de aquel habla extraña se colaban en sus oídos mientras los hombres se felicitaban por su estructura abierta a amplias posibilidades.

Un vagabundo intentó venderle una versión adulterada del agua pura como si fuera un chute místico. Marcus dijo que no. Él solo era un europeo perdido en la inmensidad, un náufrago cuya tabla de salvamento constaba más de química que de física. Un drogata, un trankki[1], un paranormal.

Miraba al gramo de trank que le quedaba en el bolsillo, y la droga le devolvía esa expresión de sonriente gravedad que ambos habían llegado a encontrar familiar.

Marcus Santiago, pues ese era su nombre completo a falta de rellenar el espacio del apellido, se detuvo en medio de aquella vorágine de sensaciones que algunos llamaban «ciudad» y miró a los cielos. Entonces, tuvo una revelación divina.

Supo con claridad diáfana por qué estaba allí y qué relación directa tenía con el siniestro plan de los Vahn para apoderarse del planeta, y cómo iba a acabar todo allá por la página 50, y qué consecuencias habría para la humanidad. Todos los datos clave se le descargaron en el cerebro como quien vuelca la información de un *pendrive* en el ordenador. Luego, eructó y todo se le olvidó. Se le fue de la cabeza la revelación divina —literalmente, se olvidó de ella—, y ya nunca más volvió. La única variable que había intentado meter Dios a lo bestia en esta historia para que sus

queridos súbditos se salvaran, acabó en un estrepitoso fracaso: se esfumó en un eructo con olor a *whisky*. Y así acabó todo. Tras su frustrada epifanía, de la que tampoco fue muy consciente, Marcus siguió caminando y se fue en busca de algún bar.

Menudo mesías.

2. RAQUEL ADOPTA UN ROBOT CON PROBLEMAS EXISTENCIALES

Raquel Casamara también había visto los largos pasos del sendero de su vida acabar en las calles de Nueva Seúl, pero por motivos distintos a los de Marcus. Ella no se consideraba a sí misma una fracasada de la vida a la cual la marea, la intensa e inefable marea del Destino, manejaba como una chalupa en medio de una tempestad haciéndola recalar en puertos aleatorios. No, Raquel tenía estudios, una carrera. Y bien orgullosa que estaba de ella.

Era arquitecta, especializada en el refuerzo de estructuras endebles con materiales nuevos y lo que en su profesión llamaban «escamas», unas microvigas de sostén que se ponían recubriendo viejos edificios sin que su presencia apenas se notara, pero que, en conjunto, formaban una malla rígida que mantenía el edificio en su sitio. En un primer momento, había desarrollado una técnica innovadora de escamas con la noble intención de proteger edificios históricos como óperas, museos, puentes, torres que ya tenían más de ciento cincuenta años —como la famosa y aún no derribada por ningún terrorista *Empire State Building*, en Nueva York—, y un largo etcétera. Pero la sorpresa, y el mejor contrato que le habían puesto jamás delante para que lo firmara, vino de Nueva Seúl, y de las barriadas para los pobres.

Resultó que había ciudades en el mundo, sobre todo en Asia y en Sudamérica, que se habían pasado todo el siglo XXI apilando barrios sobre barrios sobre barrios de favelas, en una especie de torre de Babel infinita y políglota donde se alojaban los trabajadores y los temporeros de las enormes fábricas. Eran espacios desordenados, sostenidos más por la gracia de los dioses que por fórmulas arquitectónicas fiables. Demasiados albañiles no profesionales encomendándose al arbitrio de esa intuición tan hesitante llamada «ojo de buen cubero». Millones de cubículos creados, la mayoría, a partir de contenedores viejos de barcos, de esos que transportaban décadas atrás cientos de millares de toneladas de gatitos de la suerte chinos hacia Europa, que ahora habían sido reconvertidos en casas para familias. Había puentes, e incluso carreteras verticales, que los interconectaban. Y miles de cuerdas y de puentes colgantes como los que

construían los antiguos incas en el Perú para salvar las distancias entre barrancos, y que aquí sorteaban acantilados de contenedores. La gente subía y bajada de sus casas haciendo *puenting*. Y las favelas crecían en tamaño cada día.

Pero nada construido a la buena de Dios dura eternamente, ni resiste bien las inclemencias del tiempo. Esa terrible verdad pronto se hizo manifiesta cuando los pequeños temblores de tierra que apenas lograban sacudir los barrios ricos empezaron a tirar abajo barrios enteros de viviendas en las favelas. Miles de muertos en una noche, y todavía no se sabía lo que pasaría unas horas después, cuando llegase el eco del terremoto.

Las autoridades decidieron que había que hacer algo por el bien de las empresas que usaban a todos aquellos temporeros para seguir funcionando. Las vidas humanas les importaban una higa, para ellos eran pieles y manos totalmente prescindibles. De hecho los llamaban así, Pieles. Pero las fábricas tenían que seguir produciendo, pues Occidente era un monstruo insaciable que no paraba de producir dinero y que necesitaba la mano de obra esclava… perdón, quise decir, temporera, para cubrir su ingente demanda de productos. Así que a las autoridades de Nueva Seúl les venía mal que muriera tanta gente en los terremotos, porque luego había que reemplazarla. No les convenía para nada que las favelas se derrumbaran. Y ahí fue donde la variable Raquel Casamara entró en la ecuación.

Jamás se le borraría de la mente el día en que una delegación oficial del gobierno coreano fue a verla a su despacho de Madrid. La agasajaron, la cubrieron de loas por su trabajo y le dijeron que estaban muy bien informados sobre el mismo, pues habían seguido su trayectoria profesional con «sumo interés». A continuación, le explicaron que necesitaban de sus servicios para liderar una gran reforma en las estructuras de sostén de las favelas para que no se siguieran derrumbando. Sus «escamas» encontrarían una nueva manera de ser útiles, quizá no para los altos ideales con que fueron creadas, pero sí para salvar miles de vidas humanas.

Raquel, que si en algo creía era en la validez del *non possumus* cuando se aplicaba a ciertas situaciones intolerables de la vida o de las personas, aceptó enseguida. Ni siquiera le dio tiempo a asombrarse por la cantidad de ceros que tenía el cheque que le ofrecieron —sufragado a medias, imaginó, entre el Gobierno coreano y las empresas que no querían seguir perdiendo zánganos—, cuando se vio a sí misma metiendo a su familia y sus maletas en un avión con rumbo a Nueva Seúl.

Y aquí llevaba ya cinco años, apuntalando barriadas verticales.

Ella no vivía en esos barrios, por supuesto; con el dinero que ganaba podía permitirse el lujo de residir en una de las elegantes urbanizaciones pijas del extrarradio, donde vivían sus mismos contratadores. En una hermosa casita de aire tailandés, con dos plantas y jardín, pasaba los ratos en los que no estaba trabajando, viendo pasar la vida junto a sus tres hijos y a su marido, Ramón.

Un reactor en fase de aterrizaje pasó volando bajo, hendiendo el aire como un puñal hecho de sonido, y su hija pequeña, Sofé, se tapó los oídos con las manos.

—¡Mami, me molesta! ¿No puedes decirles que no hagan eso? —protestó, poniendo morritos de niña pequeña.

—Me temo que no, tesoro —dijo Raquel mientras le daba los toquecitos finales a la tierra de una flor que acababa de trasplantar. No es que fuera una obra de arte de la jardinería… pero serviría, qué demonios—. Desde que construyeron la nueva pista del aeropuerto a diez kilómetros al norte, estamos justo debajo de su pasillo aéreo.

—¿Un pasillo? —La niña miró hacia arriba, a las nubes, extrañada—. Yo no veo ningún pasillo, mamá.

—Es que están hechos de viento, y por eso son invisibles. —Le sonrió y le dio un beso en la nariz, que la chiquilla procedió a limpiarse como si le hubiese caído una gota de lluvia fría—. Pero no te preocupes, ya lo he hablado con papá: el mes que viene empezaremos a buscar otra casa lejos de donde aterrizan los aviones.

—¿Y tendrá jardín?

—La buscaremos con jardín, te lo prometo. Me han dicho que en el distrito de Gyungbok, cerca del palacio, hay algunas preciosas y muy grandes. Allí tendremos tranquilidad.

—La tranquilidad —dijo la voz de su marido a su espalda— es un trago que podemos tomarnos en cualquier bar.

Ella se puso en pie, estirando la columna. Oyó un par de inquietantes clacks por algún lado. Clacks de clack-rentona. Pero siempre serían mejores que los ¡uf! de cinc-¡uf!-entona.

—Ya… pues si es un trago, que te lo sirvan *on the rocks*, que yo me apunto.

—¿Haciendo planes de futuro sin mí, tropa?

—Sí —dijo la niña con tanta sinceridad que a los dos les dieron ganas de soltar una carcajada.

—Bueno, pues me voy, si queréis.

—No, no te vayas, papá —añadió Sofé—. Puedes participar en el comité.

—Oh, vaya, qué honor. Gracias —dijo, haciéndole cosquillas—, señora presidenta.

En ese momento, se produjo un embotellamiento cacofónico con sabor a Berlioz en la calle, y un camión de reparto se acercó a la puerta de su jardín, un destartalado artefacto para asedios. Llevaba el logotipo de la empresa Quantum Robotics, la mayor proveedora de domobótica de la región, pintado en un lateral. Fue al verlo cuando a Raquel se le iluminó una bombillita y recordó que semanas atrás había hecho un pedido.

—¿Qué es eso, mamá?

—Ah, vaya, lo había olvidado. Esperadme aquí. —Salió a la puerta para firmarle los papeles al sonriente empleado del reparto. Segundos después, las oscuras tripas del camión se abrieron para dejar salir un objeto de aproximadamente un metro cincuenta de altura y forma no humanoide, sino como aquellas viejas consolas de los salones recreativos que el abuelo de Raquel le enseñaba en fotos, y que habían hecho tanto furor en los ochenta. Estaba envuelto en un tornado de bolitas de papel de embalar.

El sonriente operario se los dejó en el jardín, le entregó a la madre una tableta y se fue. Los tres niños y Ramón se le acercaron corriendo.

—¡Así que aquí está! —se maravilló su marido—. El nuevo mayordomo electrónico para toda la familia, el Busanmasán. ¿Ocurre algo? —le preguntó a su esposa al detectar la mirada de sorpresa de ella.

—Es esa expresión, «electrónico». Aunque eso es exactamente lo que es, no sabes lo desfasada y anacrónica que queda hoy en día. Las cosas ya no son electrónicas, porque eso suena a siglo XX pasado de moda, pero sí, siguen teniendo circuitos.

—Y funcionan con electricidad —añadió la pequeña Sofé.

—Y funcionan con electricidad, en efecto. O sea, que sí lo son, pero si usas la expresión «chisme electrónico» en voz alta, quedas como una abuela de los primeros tiempos de la domótica.

—Entonces… ¿cómo se dice, mamá?

Raquel miró al monstruo de Frankenstein que iba a resolverles, supuestamente, gran parte de las duras labores de la casa, y estiró hacia un lado su sonrisa.

—Se dice chisme frankentófilo.

—¡Frankentólifo! —rezongó su esposo—. Suena amenazador… ¿Cuántas kilofrankenkalorías consume a la semana? ¿Se lava con frankanceite? ¿Come frankenniños? —Le hizo un gesto con los dedos como si fueran garras a Sofé, que salió huyendo despavorida.

Ella le dio una nalgada y husmeó por dentro de los remolinos de papel que envolvían al robot. Se adivinaba algo parecido a una cabeza cuadrada con un cristal negro en su frontal, por allá abajo. Esquinas en ángulo recto, costados rectilíneos. Si pudiera sudar, ese habría sido el único y rancio recordatorio que le habrían dejado sus diseñadores para que intuyese que había sido construido para imitar y suplementar las funciones humanas.

—Ya lo veremos. Me han asegurado que funciona correctamente y que sus protocolos de seguridad doméstica, sobre todo en lo concerniente a niños, son estupendos. Venga, tropa, ayudad a meterlo en casa. Luego lo desembalaremos.

Secuencia, orden, información. Un robot es un bloque de tiempo sólido robado al sistema, o eso debería ser. Él es todo lo que necesita de sí mismo, no tiene por qué poseer ni depender de ninguna referencia externa, es algo autoenglobado. Así lo percibían sus compradores, sus nuevos amos. Así lo vendían sus fabricantes.

Raquel se recostó en el regazo de Ramón mientras leía las páginas de instrucciones en la tableta. Le gustaba estar junto a él aunque no estuvieran haciendo nada en común, sino dos cosas completamente separadas. Pero era ese compartirse, ese estar ahí invadiendo a propósito un espacio reservado, lo que convertía su relación en matrimonio. Todas las íntimas sensaciones que durante los últimos años, desde que vinieron los pequeños monstruitos, habían intentado resucitar se transmitían de piel a piel a través de una confusa mezcla de carácter, voluntad y falta de dirección. Sí, tenían un Plan General, ambas siglas con mayúscula, con respecto a su matrimonio… pero era mucho más aleatorio de lo que los dos se atreverían a admitir. Y eso que había una arquitecta y un ingeniero industrial en la casa.

—Dicen que los Yoo ya tienen uno en casa, y que es una pasada —comentó él—. La factura de la luz ha subido exponencialmente en este barrio, pero los vecinos están la mar de contentos.

—Qué quieres que te diga, la domobótica es mi suerte y mi desgracia. Aquí dice que hay que encenderlo y esperar a que se descargue la actualización de su cerebro desde la Nube. Lleva unas cinco horas.

—Pues empieza ya. ¿Sabes qué? Me da la impresión de que esto de tener servicio en casa, aunque sea mecánico, rellena uno de esos huecos malvados en los sueños que tenemos desde que somos niños: la posibilidad

de tener a otra gente en tu casa que trabaje para ti, siempre dispuesta a concederte todos tus deseos. —Ramón sopesó bien el peso de esa palabra: *servicio*—. Es malvado porque implica tener otras personas sometidas a tu capricho. Pero nadie te podrá negar que alguna vez ha soñado con eso. Aunque esté mal decirlo en voz alta.

Raquel pulsó unos botones e introdujo una clave en la tableta. La cara de cristal negro del domobot fue asaeteada por unas líneas de código y la descarga de la actualización comenzó.

—En este país he visto muchas cosas que me han reconciliado con mis terrores de la niñez —suspiró la arquitecta—. Tener servicio en casa es una de ellas. En la calle, trabajando en las favelas, he visto otras: gente que asume el rigor de la vida con una intensidad erótica, rigores lógicos en combinaciones sacadas de bibliotecas como Séneca-Wou Ping o Descartes-Xin Liu, gente que salía del supermercado sin haber comprado nada y con las bolsas más vacías aún que cuando entró… Desambiguaciones.

—Desambiguaciones ambiguas.

—Hoy hablas raro.

—Raro hablar tú.

Se besaron en la boca. Eso de jugar con el lenguaje había llegado a convertirse en una broma complicada entre ellos. Una sombra pasó corriendo por el pasillo y los dos se separaron como mediante una palanqueta. Pero no era nada; quizá uno de los peques, camino del baño. El mayor, Nicolás, tenía una sombra de síndrome de Asperger, y había que ayudarlo a hacer cosas simples mediante una serie de tarjetas con ilustraciones para que no se perdiera ningún paso intermedio.

Era cierta una cosa que les había dicho un psicólogo infantil, una vez, sobre que cuando los niños salen corriendo de una habitación es como si se llevaran todo el ruido tras de sí, igual que una bandada de pájaros, cuando echa a volar, se lleva también parte del aire que otras criaturas deberían respirar. Cuando un niño abandona a la carrera una habitación y se lleva su risa queda como un vacío detrás, una incógnita triste.

A través de los quince rectángulos de vidrio biselado de la puerta del baño se adivinaba una silueta, un niño que cogía unas tarjetitas y las alineaba pulcramente sobre el lavamanos, antes de iniciar el complicado ciclo de «lavarse los dientes».

—Le conté a Sofé que estábamos pensando en mudarnos de casa. Irnos a un barrio lejos de los pasillos aéreos.

—¿Y qué le pareció?

Raquel se encogió de hombros.

—¿Qué le va a parecer? Bien. Los niños pequeños todavía no asumen que pueden cambiar de algún modo las decisiones de sus papás, solo las aceptan como si fueran un designio divino. Me dijo que le parecía bien si tenía un jardín más grande que este.

—Hay pisos en venta en las nuevas Torres Koto, lo vi esta mañana en el noticiario. Pero lo más parecido que tienen a un jardín es una azotea sembrada, compartida. Un parquecito común en la terraza.

Raquel arrugó el gesto.

—Pues no creo que con eso convenzamos a Sofé. Nicolás y Yiun tampoco verían bien quedarse sin parterres donde jugar.

—Bueno. —La abrazó desde atrás para que su mujer se apoyara—. No vendamos la piel del oso coreano antes de cazarlo. Ya iremos resolviendo todo eso a medida que se presente. Ahora, mis atavismos masculinos me piden otra cosa…

—Los niños están despiertos.

—¿Y?

—Pervertido —le pellizcó ella con una sonrisa.

El robot tenía su cabeza cuadrada inmóvil, pero aun así no parecía quieta del todo, como un objeto inanimado. Raquel lo miró de reojo y le dio la impresión de que era, más bien, como cuando un ser humano intenta mantener completamente inmóvil una extremidad. Por más que quiera, siempre se le cuela un movimiento mínimo, el de un objeto que no está clavado a un soporte sino flotando sobre él apoyado en una estructura blanda. La cabeza del robot, igual que la de los seres vivos, exigía cien pequeñas correcciones infinitesimales por segundo para dar la impresión de que no pendulaba.

En su cristal facial, la mariposa que era el emblema de la compañía constructora aleteaba mientras la barra de porcentaje de la instalación se iba completando. En un momento determinado hubo un fallo, un levísimo chasquido como el eco de una interferencia… pero ni Raquel ni su marido lo vieron, porque cuando ocurrió, ambos estaban fundidos en un beso.

Sin embargo, no saltó ninguna alarma y el proceso de actualización siguió adelante como si nada. El robot siguió allí, inmóvil, mirando al infinito.

[1] Yonqui del trank.

Todo está lleno de trank: Capítulo 3, Capítulo 4

Víctor Conde

 ESPAÑA

3. MARCUS BUSCA UN VENDEDOR DE TRANK CON NOMBRE DE PROTAGONISTA DE CUENTO INFANTIL POR BARRIOS POCO RECOMENDABLES (Abreviadamente, «El paseo»)

La vida del yonqui es a la vez más compleja y más sencilla de lo que la gente cree. Para una persona que está completamente enganchada a algún opiáceo o a alguna fórmula de diseño, los días se reducen a intervalos de sequedad entre chute y chute, en los que las células de su cuerpo van quemando lentamente su provisión de droga y se van quedando vacías hasta que les entra hambre. Hambre de más droga. Cuando llega ese terrible momento en el que la aguja marca cero, o bien el adicto se la proporciona o las células se mueren. La droga, como dijo alguien que sabía mucho de esto —para su desgracia—, es una ecuación celular que le enseña al usuario unos hechos de validez general. Hechos como el alcance de su extraña fiebre. Hechos como la insondable profundidad de su delirio, del lento *strip-tease* de la erosión en sus carnes fósiles.

Estos eran los principios por los que se regía el consumo de estupefacientes terráqueos, los cuelgues de toda la vida. Sin embargo, ahora había un nuevo jugador en la olimpiada de la adicción, y era uno cuyos efectos, por desconocidos y no testados antes en ningún momento de la historia, nadie podía prever: el trank, la sustancia derivada de la linfa extraterrestre que trajeron los Vahn. La droga del futuro.

Demerol, dolofina, cocaína, crack, delaudid, eukodal, diosane, opio, pantopón, palfium, diocodid, linfoperianomas ácidos… todas las estrellas que alguna vez habían formado parte de la galaxia de la adicción habían ido cayendo en un segundo plano triste y silencioso por culpa de aquella nueva sustancia traída, esta vez sí, de las estrellas. La quemadura fría de los opiáceos se había quedado en una urticaria frotada con mentol sobre la piel de los antiguos yonquis, que ya no sabían a quién acudir para que les abriera las puertas del cielo. Cada vez se vendía menos de lo antiguo; cada

vez, los Hombres —los adictos saben por qué está ahí esa H— trafican menos con las antiguas pastillas de colores y más con cosas que ni siquiera tienen nombre en este planeta.

Marcus había caído en el trank hacía menos de tres años, pero ya parecía que llevara toda una vida enganchado. No tenía ese aspecto destruido ni de ser un zombi con carne de prestado como sí lo tenían los adictos a la heroína, porque el trank no quemaba las células del cuerpo. El estigma era mucho más sutil. Había aprendido muy pronto que el gran secreto de la droga, en todas sus vertientes, es hacer que falte un factor en la ecuación de la carencia. Ese factor se le roba al individuo cuando empieza a engancharse a las sustancias, y no se le devuelve. Pero tal cosa nunca se le dice, claro: sería como arrojar piedras contra su propio tejado por parte del traficante el confesar a su cliente que con el primer chute se le está arrebatando algo intangible que su cuerpo daba por sentado hasta ese momento, pero que ya no volverá a tener. Y que la única manera de recuperarlo será inyectándose más *fije*.

El problema del trank era que nadie sabía —ni siquiera los que lo vendían— qué era lo que te quitaba. No era una sanción termodinámica, tampoco una carencia química, ni psicológica, ni posológica… no era nada comparable con la lentitud erosiva de la droga común. Entonces, ¿de qué se trataba? ¿Por qué resultaba la linfa extraterrestre tan adictiva, por qué te seducía con sus cantos de sirena, por qué soñabas con ella como esa profecía que necesita tu leyenda personal para completarse?

Hay drogas que tienen conexiones endógenas en lugar de conexiones exógenas. Te enlazan de alguna manera con el paisaje exterior que llevas dentro. Rompen el *statu quo* de la percepción, haciendo que al cerrar los ojos puedas ver más lejos que si los tienes abiertos. El problema era que esto siempre resultaba muy estresante para el cuerpo humano, que no estaba acostumbrado en modo alguno a semejante castigo ontológico, y lo consume como una cerilla encendida y a punto de consumir todo su fósforo. Esto era algo que el propio Marcus había tardado tres años en descubrir. Ahora creía saberlo, saber incluso cómo controlarlo… aunque tampoco estaba muy seguro.

Su proveedor de aquella noche se hacía llamar Rapunzel. Nunca lo había visto, ni siquiera sabía si era un hombre o una mujer, o un robot —sobre el tema de los nuevos robots-camellos se podría escribir toda una tesina—. Le habían chivado que rondaba por unas calles del barrio de Xuong-puo, junto a las viejas instalaciones de las Olimpiadas.

Aunque no lo hubiera visto en su vida, había claves que permitían que

un buscador encontrase a su proveedor, igual que un pingüino halla a su cría entre miles iguales. Quizás algún gesto, o un gemido de moribundo que parecía cumplir con alguna función de camuflaje, como la doble piel del camaleón.

Esperó medio cigarrillo en una esquina hasta que lo vio: ese andar ilógico, esa silueta encorvada. Esa manera de barrer las aceras con ojos neutros, como si fuera un periscopio. Era él, no cabía duda. Y, a pesar de su apodo, no era una chica. Andaba erráticamente por debajo de una pared hecha de televisores por los que estaba cruzando un eslogan incomprensible: «CUIDADO CON LA RADIACIÓN TK. PROTEGEOS, PROTEGEOS DE LA RADIACIÓN TK».

—Tranki, colega —le dijo a modo de saludo. El otro entendió.

—No llevo mucho encima… —La excusa habitual.

—Rapunzel, me basta con unos cuantos pelos. No la melena entera.

—Quizá pueda conseguirte algo… pero si me favoreas un tema.

«Favorear», igual que otros vocablos oriundos del diccionario de la droga, no aparecía en ningún glosario que se precie. Lo que estaba diciéndole aquel tipejo era que necesitaba una prueba de que no era de la pasma antes de dejarle ver su mercancía.

—¿Tú letras o navajas? —le preguntó el vendedor con su acento de Seúl que no era de Seúl. Su profesión lo volvía nativo y extranjero, todo a la vez. Se sabía de gente que había sufrido heridas graves al tratar de llegar y de marcharse al mismo tiempo de la ciudad.

—Letras. ¿Alguien por ahí necesita un desactivador de metáforas?

—Sí, un paisano. Vive cerca. Ven.

Los escritores eran los mejores clientes del negocio del trank, y eso que casi todos estaban ya desde antes de meterse en él en la miseria. Pero había algo en la linfa que potenciaba esas conexiones del cerebro que hacían posible la creatividad literaria. Ninguna otra, eso era lo más curioso: solo la literaria. Quizás porque drogarse, igual que escribir, es un acto interior.

Por eso, había personas que se tenían por buenos arrejuntaletras y que se enganchaban muy pronto, y aunque su grito de batalla era «¡lo dejo cuando quiera!», lo cierto era que acababan vendiendo hasta a su madre para seguir comprando dosis. Se hipotecaban, pasaban de sus hijos, pedían préstamos absurdos que sabían que eran incapaces de devolver… y todo ese dinero iba a parar al trank como los ríos al mar. ¿Y merecía la pena el resultado, es decir, todo lo que salía de allí?

Bueno, con obras maestras como *Los judíos negros y el profeta de cristal*, *Siete esquizofrénicos de porcelana, Sing a song of Sixpence* o *Viaja Valéry, Muere Kafka, Sueña Rimbaud*, ¿quién se atrevería a decir que el viaje había sido en vano?

El problema era que, por alguna razón cuya respuesta, si es que alguien la conocía, tenía más vericuetos que la fórmula de la Piedra Filosofal, los adictos al trank se volvían alérgicos a ciertas figuras literarias. Sí, como lo oyen: leer una lítote en un texto les hacía estornudar, una sinestesia salvaje les provocaba urticaria y que la piel se les llenase de granos. Y todos, absolutamente todos, eran alérgicos a las metáforas como cualquier otro ser humano podría serlo al curare. No las soportaban. Es más, les hacían daño. Decir «el horno de su mirada flameó con iniquidades» hacía que el escritor adicto temblara de terror, se le aflojaran los miembros e incluso cayera al suelo presa de violentas convulsiones. Había gente que había llegado a morir leyendo a Bradbury.

Por eso, ciertos adictos como Marcus se habían especializado en desactivar metáforas de textos literarios, igual que los artificieros de la policía desactivaban bombas. En el fondo eran lo mismo, pues ambas mataban.

—Aquí —dijo el vendedor, señalando un edificio—. Segundo piso. Sube pegado a mi espalda y no te atracarán.

El tranki enfermo estaba tumbado en una cama que era puro somier, sin colchón, temblando como si estuviera en la fase terminal del SIDA. Una chica joven estaba acuclillada —«sentada sobre sí misma», habría sido lo apropiado— a su lado, en vez de usar la única silla. Una lámpara parpadeaba en el techo, llena de tímpanos alveolares de caliza.

La chica tenía un papel en las manos que llevaba algo garabateado. El yonqui enfermo sujetaba un bolígrafo, pero no escribía, solo convulsionaba sobre él.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Marcus.

—Estaba escribiendo su última novela cuando le sobrevino el ataque —dijo la chica, y le tendió el papel. Marcus lo leyó: no eran los desvaríos de un pobre loco, tenían cierta calidad literaria (eso lo sabía porque, tiempo atrás, en una época que ya casi ni recordaba, él también se había dedicado a emborronar folios. Pero con escasa suerte). Las frases eran pulcras y desprovistas de pasión, no como un artista que se desfoga a la loco, le salga lo que le salga… sino como un hombre que siembra un campo de coles pisando con sumo cuidado porque sabe que por ahí abajo, enterrada, hay una mina. Escribir era una actividad muy peligrosa para los adictos al trank:

de improviso podía salirte una combinación de palabras que sin querer tuviera cierta belleza, y hacerte mucho daño.

Pobrecitos.

Leyó las líneas garabateadas por aquella mano temblorosa. Eran las de un tipo que se sabe artista pero que vive en un estado permanente de cuarto día de carencia. Los fuegos arden en su materia gelatinosa, dentro del cráneo, pero él solo puede apagarlos a intervalos. Era en esos intervalos donde normalmente surgía el arte, lo mucho —o poco— que aquel desgraciado fuera capaz de dar.

—No veo nada inusual —barruntó Marcus—. Todo parecen párrafos pulcros, anestésicos…

—¡Ay! —gritó el enfermo.

—Uy. Perdón.

Entonces, la localizó: metida como con calzador en medio de un diálogo entre dos personajes, con una apariencia aparentemente tranquila, dormida, como un cuchillo de gomaespuma que no corta. La metáfora. Era una guarra, una zorra traicionera de esas que llamaban alacranes, porque se escondían bajo la semántica esperando para atacar, para clavar su aguijón en los tropos de alguna frase.

Decía así: «Las silenciosas polillas de tus verbos se me escapan por la ventana».

Marcus lo comprendió: había peligro allí, un *translatio* de nitroglicerina a punto de estallar. La mecha, muy corta, y ya ardía. Se arrodilló lentamente junto a la cama, como si la bomba fuera real y su proximidad pudiera hacerla explotar. Se frotó los dedos, nervioso.

—Escúchame bien… eh…

—Yeong —aclaró la chica.

—Yeong. Atento a lo que voy a decirte. —Las manos le sudaban. Las frotó una contra la otra, gesto que la chica y el proveedor imitaron. El tictac metafórico de la frase podía oírse de fondo, saliendo del papel—. Eso que has escrito sin querer *no* es una metáfora, ¿me oyes? ¡No lo es! Y voy a explicarte por qué.

Su mirada se cruzó con la del enfermo, que más que pupilas parecía que tenía costras de cicatrices, idóneas para arrancárselas con unos alicates. La joven se echó hacia atrás como para que no le salpicara la sangre, si el cráneo de Yeong reventaba.

—Las polillas realmente son silenciosas, es un hecho probado. El batir

de sus alas se encuentra por debajo de los veinte decibelios —todo esto se lo estaba inventando, pero daba igual: lo importante era que el enfermo lo creyera—, que está por debajo del límite que capta el oído humano. No puedes escucharlas volar. Es un hecho científico, no un hecho poético.

»Además… —Aquí venía la parte delicada, la espoleta final. La chica y el vendedor retrocedieron unos pasos, pero sin salir de la habitación. Las manos les sudaban—. En el Perú, una polilla es una persona que lee mucho. Es decir, un lector. Y la palabra verbo también puede referirse a la segunda persona de la Santísima Trinidad: el Verbo. Así pues, esa frase tiene un significado literal, ¿me oyes? ¡No es una metáfora! —Le cogió la mano donde tenía el bolígrafo al enfermo—. ¡Significa literalmente que unas lectoras calladas que creen en Dios han salido de la habitación, saltando por la ventana!

Marcus hizo un gesto como de «si esto cuela, será de milagro…». Y desde luego que era una explicación traída por los pelos, jugando con la polisemia… pero al yonqui le hizo efecto. Lentamente, muy despacio, el calambre de su pecho se relajó. Su cara dejó de ser un cuadro de Kandinsky contraído sobre sí mismo, y sus dedos se relajaron tanto que incluso soltaron el bolígrafo.

La chica lo abrazó, llorando del alivio. El proveedor asintió satisfecho, y su mirada lo dijo todo: Marcus acababa de ganarse su confianza, ya podía comprarle trank si quería. Si hubiese sido un pasma, en lugar de desactivar la metáfora habría perdido refuerzos y mandado al enfermo al hospital. Había uno en el barrio de al lado con una unidad especializada en SHH (Síndromes Humillantes del Humanismo).

—Lo has hecho bien —le dijo a su nuevo cliente—. Entonces, ¿qué venías buscando, exactamente? ¿Unos pelos de linfa?

—Sí, un poco de trank… necesito chutármelo lo antes posible. Pero enróllate y hazme una rebajita, por favorearte lo que acabo de hacerle a tu amigo.

Rapunzel se lo pensó un segundo, mirándolo con cara de pocos amigos. Un camello nunca hace rebajas, nunca da nada regalado. Él no le vende el producto a su cliente, le vende el cliente a su producto, y allá se las ingenie. Pero hubo algo en la mirada amenazadora de Marcus y en la gratitud de aquella chica coreana, que lloraba de felicidad pegada a su… ¿qué… qué sería el tal Yeong para ella, su hermano? ¿Su novio? ¿Su autor favorito? ¿Era acaso una *groupie* capaz de llevar al extremo del suicidio la intimidad sexual con su ídolo?

Sí, hubo algo que lo ablandó, o que lo atemorizó, y acabó vendiéndole

una dosis a Marcus por la mitad del precio habitual. Todo un chollo. A continuación, Marcus dejó atrás aquel grotesco escenario de *grand guignol* simbólico-lisérgico y se marchó a su casa. Al piso realquilado de mierda que compartía con otros doce acabados de la vida.

Estos eran los misterios habituales del trank, los escenarios surrealistas del día a día. Rezó a alguien, no supo bien a quién, para que nunca lo cogieran a él hundido en una de estas. Ojalá que no.

¿Era eso una metáfora?

4. ENSAYO Y ERROR

—¿Cuántas veces micciona usted al día?

La pregunta siempre cogía desprevenidos a los sujetos de experimentación, por lo inusual. Ninguno se la esperaba. Más bien, cuando la amenazadora figura vestida con bata blanca del doctor Syngman II Kim se inclinaba sobre ellos, cual interrogador despiadado de las SS, los aterrados sujetos esperaban que les preguntase «¿a qué grupo terrorista perteneces?», o «¿dónde está la base secreta de Noviembre Negro?». Pero, desde luego, no que les dijera cuántas veces hacía pipí al día.

—Eh… no lo sé… ¿tres? —contestó balbuceando el hombre atado a la silla.

El doctor lo miró con desdén. Era una mirada ensayada, a la que había logrado dotar de infinidad de matices con el paso de los años. Durante sus años de investigación sobre los Vahn había logrado más con esa mirada que con otros refinados métodos de tortura.

—Bien, bien, eso me gusta. Significa que es usted un espécimen humano sano —sonrió. Y tachó una casilla en el formulario que llevaba en el portafolio.

—¿Qué me van a hacer? —tembló el hombre atado a la silla. Syngman no tenía muy claro si era un terrorista de Noviembre Negro o si procedía de alguno de los otros grupos subversivos perseguidos por el Gobierno. Lo único cierto era que los de arriba le habían dado plena potestad para hacer con él lo que quisiera, con tal de que ello ayudara a la investigación con el Vahn prisionero. Y eso era algo que Syngman sabía hacer muy bien.

El doctor apretó un botón y un panel se descorrió, inundando la habitación de luz. Tras este había una ventana que daba a una cámara blindada, dentro de la cual estaba el sujeto de experimentación, aparentemente dormido.

—Va a tener usted el honor de ayudarnos en nuestra experimentación científica, señor, eh… —Miró su nombre en el registro—. Wong. Nos ayudará a entender un poquito mejor cómo funciona ese maravilloso organismo, el único Vahn en cautividad que existe en el planeta Tierra. Y lo tenemos aquí, con nosotros. —Su sonrisa se ensanchó para mostrar más dientes.



Ilustración: Pedro Bel

Una trampilla en el techo de la cámara blindada se abrió, y dejaron caer a través de ella un perrito y un arbusto. Al contrario de lo que había pasado la última vez, el alienígena no destrozó al animal y respetó el vegetal, sino justo lo contrario: la enorme masa compacta del Vahn, con pinta de glándula tiroidea gigante, se abalanzó sobre el matojo haciéndolo trizas, mientras que al asustado perrito ni lo miró. El animal se hizo un ovillo en una esquina de la estancia, gimiendo ante lo que consideraba un destino inevitable, pero este nunca llegó. El alienígena volvió a contraerse sobre sí mismo y regresó a un estado de latencia. No dormía en el sentido estricto de la palabra, pero tampoco estaba despierto, sino en un estado transicional entre ambos. Quizás un modo de ahorro de energía.

El episodio seguía un modelo que el doctor se había acostumbrado a esperar. Llevaban casi un año experimentando con el prisionero, haciéndole todo tipo de pruebas —que debían ser de lo más humillantes para él, si es que un Vahn entendía lo que era el amor propio—, buscando un patrón en su comportamiento. Y lo único que habían encontrado era el caos: algunas veces, el alienígena atacaba unas cosas y otras veces otras, pero sin ninguna razón aparente. En ocasiones no hacía nada; se quedaba quieto aunque lo que metieran en la cámara constituyera una clara amenaza para él. Otras, se ponía a moverse de manera extraña y a emitir un indescriptible cántico, una especie de endecha por sí mismo y por su especie… si es que era eso.

¿Qué cosas pasaban por aquella mente incomprensible? ¿Qué significaba aquel canto? Desde que se había incorporado al proyecto, el doctor Syngman II Kim había parido muchas teorías y había escrito un

sinfín de libros, pero todos eran basura. Elucubraciones sobre qué podía significar esto o aquello, sin una base real. Porque lo cierto era que nadie sabía nada con absoluta certeza sobre aquella criatura. Aquel Vahn, el único que existía en cautividad, había sido bautizado por sus captores Susu, que era la contracción de *susukkekki*, que en coreano significaba «enigma».

Syngman enlazó las manos a la espalda y adoptó una actitud solemne, mirando a Susu. Su formalidad representaba un formalismo tan intenso como si estuviera atacando físicamente a sus «pacientes».

—Hace cuatro años nos cayó este regalo del cielo —murmuró—. Hasta ese momento nunca habíamos visto un Vahn, solo sus máquinas. Las naves con las que aterrizaron. Cuando tuvimos delante a esa… cosa, a otros les repugnó, algunos incluso vomitaron del asco, pero a mí me pareció lo más hermoso que había en el universo.



Ilustración: FRAGA

Lo contempló en silencio. Más grande que un toro pero menos que un establo, les contaría en sus libros de memorias a quienes quisieran interesarse por el aspecto de aquel ser, a qué se parecía aquella monstruosidad: toda hecha como de cuerdas retorcidas, un ser con forma de pólipo suprarrenal y con una extensión tubular detrás, con once patitas ahuesadas como pipas que se abrían y se cerraban al andar… Gelatinoso y retorcido, hecho de venas y arterias de un material giboso, con grandes ojos saltones por todas partes que recordaban a los de los congrios… Y esos sonidos horrendos que emitía a través de un montón de poros de la piel, esfínteres más bien, que le brotaban al azar como malignas excrecencias de hongos… Que Dios protegiera a la especie humana: era lo más bonito que

había visto en su vida.

—¿Ve esa trompa que le sale por detrás, si es que ese bicho tiene un «detrás»? —le preguntó al prisionero—. La llamamos probóscide ictinofagosa, «probo» para los amigos. Es el apéndice mediante el cual segrega una sustancia babosa a la que llamamos linfa. Sí, es ese tesoro químico al que los buscadores de trank convirtieron en su dios, del cual se destila la famosa droga. Solo que mil veces más pura que lo que se consigue por ahí, claro. ¿Sabe cómo se fabrica el trank en el mercado libre, Wong?

El prisionero negó con la cabeza.

—Jamás lo obtienen directamente de la fuente, como es lógico, ya que nadie salvo nosotros tiene acceso directo a un Vahn. Pero hay zonas (creo que las llaman así, Zonas) alrededor de las naves posadas de estos seres donde los objetos se recubren de una especie de resina. Es como si goteara desde algún lugar invisible encima de ellos, y los dejara pegajosos, chorreantes…

»Los buscadores de trank se infiltran ilegalmente en las Zonas y raspan, literalmente, esa resina de encima de los objetos. Los que logran escapar a la vigilancia del ejército llevan tarrinas de alimentos para bebés rellenas de resina a laboratorios clandestinos, donde la convierten en trank. Ellos mismos están sembrando un contraagente, pero no lo saben: porque mientras más resina salga de las Zonas, más se adaptará el ser humano a ella y menos efecto tendrá en trank en nuestro organismo. Pero aún quedan varias generaciones para que eso suceda, y los traficantes están tranquilos. Dales oro hoy, y dejarán de pensar en su propia pobreza de mañana. Pero cuando el nivel de la droga caiga bajo par… entonces todos se volverán esquizofrénicos chillones.

»Son todos una panda de delincuentes estúpidos —añadió con sorna —. Y no hay peor delincuente que el que se cree culto. Habría necesidad de impedir que esa gente aprendiese no solo a leer, sino tampoco a hablar. Porque de impedir que aprendan a pensar ya se ha encargado la naturaleza.

—Yo no… no tengo nada que ver con esto. No soy un traficante.



Ilustración: FRAGA

—*Todos* nos hemos convertido en traficantes, de una manera u otra, desde que esos seres encontraron nuestro mundo flotando como una cabeza de alfiler en el cosmos —le corrigió el doctor—. Antes creíamos que estábamos solos en el universo y no teníamos otra cosa que hacer salvo mirarnos nuestro propio ombligo, como especie. ¿Pero ahora? Ahora todo lo que hace el ser humano tiene que ver con la noción de los Vahn: nuestra industria trata de imitar la tecnología de sus naves, que nos resulta incomprensible. Nuestro arte ha sustituido al Yahveh del dedo de la Capilla Sixtina por un alienígena que extiende un tentáculo. Incluso hay sectas que los adoran de verdad, en plan religioso. ¿Cómo podría ser de otra forma? El ser humano siempre ha sentido predilección por arrodillarse ante cualquier cosa que baje de los cielos. —Estudió sus uñas con una intensidad fosforescente, caníbal—. ¿Sabe lo que es la hipótesis de Cuernavaca, señor?

El prisionero negó con la cabeza.

—Es una teoría que formularon unos científicos argentinos después de estudiar a fondo las naves de descenso de los Vahn, las que se estrellaron contra nuestro planeta. La comunidad científica internacional la apoya porque cree que es la que más posibilidades tiene de ser cierta sobre estos seres.

El doctor apretó un botón de la pared y un monitor se iluminó, mostrando fotografías de las naves espaciales alienígenas tal y como estaban hoy en día posadas en la tierra: tenían la forma de la letra *yod* del alfabeto consonántico fenicio, aproximadamente, solo que eran gigantescas. Medían más de doscientos metros de altura, y estaban pintadas con una curiosa trama de colores rojos, amarillos y turquesas. No había la menor lógica en su diseño, ni siquiera pequeñas concesiones a la aerodinámica más simple. No tenían toberas por las que expulsar ningún material de propulsión, ni proa fácilmente identificable, ni puente de mando hacia el que dirigir las miradas. Eran, simplemente, símbolos acrofónicos de metal que volaban por el aire, respirando tecnología y electricidad.

Habían llegado treinta y nueve naves a la Tierra en dos periodos diferentes: primero aterrizó una, seguramente un explorador que encontró nuestro mundo por casualidad. Y luego, tres años después, vinieron casi cuarenta más. La hipótesis era que habían necesitado aquel tiempo para comunicarse entre sí y poner rumbo al Sistema Solar. La mayoría había aterrizado en islas del Pacífico, en la Micronesia, huyendo de las grandes masas continentales, cosa que había enfurecido inexplicablemente a los norteamericanos, que siempre habían pensado que de darse un aterrizaje alguna vez en la historia, sería sin duda en su territorio.

Las naves se posaron. Y de sus vientres inorgánicos surgieron los Vahn, cuando sus inmensas máquinas cayeron a la Tierra. La mayoría no se dejaron apresar, sino que volvieron a la seguridad de sus naves en cuanto se dieron cuenta de que aquel planeta recubierto por una capa de oxígeno que les resultaba venenosa estaba habitado. Y que sus habitantes no eran meros simios asustados. Desde entonces, el contacto entre la humanidad y los alienígenas había tenido lugar exclusivamente por radio, en un lenguaje inventado para la ocasión derivado de las matemáticas.

Pero estaba Susu. Gracias a Buda, estaba Susu.

—La hipótesis de Cuernavaca —continuó Syngman— afirma que algún día, dentro de poco, llegará el resto de la especie Vahn en más naves. Lo que tarden en hacerlo es una función de lo potente que sean sus comunicaciones y lo distante que se halle su mundo de origen. Pero si en tres años pudieron reunir a cuarenta de los suyos, en pocas décadas podría venir el resto, quizá en una sola nave de contacto monstruosa, quizá en millones de las pequeñas. Nadie sabe qué pasará entonces. —Observó con mirada soñadora una imagen que mostraba caracteres en la escritura de los Vahn: eran estacas, lazos y toroides a los que él, en secreto, ponía puntos en las íes y palitos en las tes—. ¿Nos conquistarán? ¿Arrasarán con toda la vida del planeta? ¿Se mostrarán amistosos y bajarán acompañándose de fanfarrias para jugar con nosotros al puo-puo[1]? Quién sabe… Por eso es tan importante que los comprendamos. Y por eso, estos experimentos son cruciales.

Rotó sobre las puntas de sus pies graciosamente, como una bailarina, y le dedicó una sonrisa al prisionero.

—Bien, señor Wong, le toca. Gracias por haberse ofrecido voluntario para este *experimento*. —Arrastró la palabra con ambigua obscenidad—. La ciencia está en deuda con usted.

Chasqueó los dedos y dos guardias entraron, llevándose a Wong a rastras, que no cesaba de gritar que él jamás había dado su consentimiento para aquello y que prefería la cárcel. Sí, claro, pensó Syngman, todos prefieren la cárcel antes que ser útiles a la ciencia. Qué egoístas son.

Por la trampilla del techo de la otra habitación cayó Wong, vociferando y chillando de pánico al ver a la criatura. Ahora podía suceder literalmente de todo, así de imprevisible era Susu: desde que se abalanzara con furia ciega sobre el humano y lo desmembrara, comiéndose después sus restos gracias al racimo de bocas que tenía en su región ventral… hasta que lo ignorase cortésmente y siguiera durmiendo, perdido en sus laberintos telepáticos.

Para desgracia de Wong, lo que pasó fue lo primero. El perrito lanzó unos ladridos lastimeros para aventar a la muerte.

Syngman cerró de nuevo la mampara. Hoy no tenía estómago para semejante espectáculo. Se sentó en su mesa y anotó sus impresiones sobre el incidente con una elegante caligrafía *hangul*. Completamente ajeno a la carnicería de la otra sala, en el despacho se respiraba un aire a tranquilidad, a sosiego reforzado por la suave moqueta de estilo sueco, la cortina de encajes almidonados y aquellos maravillosos jacintos de agua en una fuente amarilla. Daba gusto trabajar allí, sí, señor. *Feng shui* de calidad.

Miró el cuadro que colgaba de una pared, donde la seria expresión de una doctora en biología alemana de posguerra lo miraba con severidad.

—Un *schnaps*, tal vez, *frau* Hohenzollern…

[1] Juego coreano antiguo que consiste en que los jugadores de colocan en círculo y se van lanzando unos a otros una pelota. El que falle en cogerla seguirá jugando pero sin una mano, luego sin un pie, y por último sin las extremidades y con los ojos cerrados, intentando atrapar el esférico con la boca.

Todo está lleno de trank: Capítulo 5, Capítulo 6

Víctor Conde

 ESPAÑA

5. UN MAYORDOMO (CASI) PERFECTO

Raquel Casamara estaba orgullosa de su nuevo mayordomo de metal. En cuanto su sistema operativo terminó de actualizarse, se puso en marcha con una fiesta de luces y sonidos digna del genio de la lámpara, hizo unas cuantas gracietas que hicieron reír a los niños y adoptó una actitud solícita, de sirviente perfecto para el hogar, tratando en todo momento con la mayor cortesía a sus nuevos amos y pidiendo que le diesen instrucciones sobre qué labores domésticas debía realizar.

—¿Cómo lo llamaremos, mamá? ¿Cómo? —preguntaron entusiasmados los chiquillos. Cada vez que llegaba un nuevo ser vivo a la casa (y para ellos el domobot entraba en esa categoría, pues podía moverse y hablar y contar chistes), la fase de búsqueda del nombre perfecto era un ritual. Tras los correspondientes sorteos, el pez globo de la pecera había acabado llamándose Mazinger, el epagneul papillón que le regalaron a Sofé por su cumpleaños se llamó Jeloukiti (escrito así, y sin acento, y todo ello a pesar de que el pobre perro era un macho), y el loro que tenía Yiun en su habitación acabó siendo Chuknorris.

—Creo que me toca a mí ponérselo, ¿no? Que hasta ahora no me habéis dejado bautizar ni a las hormigas —sonrió la madre.

—¡Oh, no, nooooo! —Los pequeños pusieron caras llorosas, de chantaje emocional—. ¡Nos toca, nos toca!

—Eh, niños, dejad a vuestra madre que para eso el mayordomo ha salido de sus ahorros —dijo Ramón, revolviéndole el pelo a Sofé—. Aunque, según esto —leyó el manual técnico del robot—, ya tiene nombre. Y es muy bonito: se llama DM3000/45813/SemproHYX7295v2.4. ¡Pura poesía posmoderna!

—Bobo —dijo Raquel—. Creo que lo llamaré… —rebuscó en los archivos mentales de su infancia— …¡Chao Li!

Su familia en peso la miró, desconcertados. No pillaban la referencia. Raquel se hizo la ofendida y les tiró un almohadón de la cama.

—¡Oh, vamos, no me digáis que cuando erais niños no veíais las reposiciones de los culebrones de los ochenta!

—Aún somos niños, mamá —le recordó Nicolás.

—Ese plural englobaba solo a tu padre, cariño. Venga ya, ¿tu madre nunca te bajó de Internet episodios de *Falcon Crest*? ¡Chao Li era el mayordomo de la casa! ¿No te acuerdas?

Resignado, Ramón se quitó las gafas redondas y sin montura, limpió los cristales y se las volvió a colocar, ocultando dos finas rayas rojas en el puente de la nariz. Ella le tiró otro almohadón.

—¡Mariposas que *volan*! —gritó Sofé, correteando con un origami de papel en las manos. Estaba muy feliz—. ¡Mariposas que *volan*! ¡Que *volan*!

—Se dice vuelan, cariño.

—¡Eso, que *volan*!

A pesar de las protestas de los niños, que querían ponerle algún nombre sacado de las series infantiles de moda, Chao Li —que al final se quedó así— cumplió a partir de aquel día sus obligaciones con diligencia y profesionalidad: hacía las camas, alimentaba a los animales, cortaba el césped, limpiaba la casa, fregaba la losa, planchaba… y un largo etcétera de cosas que se les iban ocurriendo sobre la marcha a sus dueños. El prospecto del fabricante decía que podía llevar a cabo sin inmutarse un máximo de mil doscientas labores domésticas diferentes, por lo que las familias que lo compraran no tenían que tener miedo de sobrecargarlo de trabajo. La serie Domobot 3000™ tenía potencia para eso y mucho más. El robot hablaba con ellos con frases sencillas, enunciativas, como se les enseña a hablar a los acusados ante un tribunal. Pero su tono de voz era cálido y protector. Lo tenían programado en su versión castellana, y jurarían que la voz que venía de fábrica se parecía mucho a la del tipo que doblaba en las viejas películas a Bruce Willis.

Durante los primeros dos meses no hubo problemas: realmente, aquella máquina era el complemento perfecto para el hogar, el electrodoméstico con el que las familias de todo el mundo habían soñado desde más o menos la era de los trogloditas. Chao Li ejercía sus funciones sin quejas y con pulcritud, y cuando los amigos del matrimonio venían a casa a alguna fiesta, el domobot era siempre el centro de los chismorreos. Hasta los niños estaban entusiasmados, pues resultó que uno de los periféricos que Chao Li llevaba incorporados era una impresora, y podía imprimir dibujos graciosos para los críos desde una ranura que tenía en el abdomen. Los retratos-robot —nunca mejor dicho— de Jeloukiti y de Chuknorris estaban a la orden del día.

Sin embargo, cuando se cumplió la novena semana de permanencia del robot en el hogar, empezaron a pasar cosas raras.

Ramón ya había notado que últimamente Chao Li tardaba más tiempo de lo habitual en recargar sus baterías. Lo hacía de noche, enchufado a la corriente, mientras la familia dormía, y por lo general no tardaba más de dos horas hasta estar a tope. Pero una noche, Sofé despertó a su padre para que le trajera un vaso de agua y, cuando fue a la cocina trastabillando como un zombi, vio que el domobot seguía enchufado. No se había desconectado él solo. Al mirar el reloj, comprobó que eran las cuatro de la madrugada. Hacía dos horas que Chao Li tendría que haber concluido su periodo de recarga.

Ese incidente no pasó de un comentario al día siguiente, durante el desayuno, en el que Raquel —muy dada, como ya se ha visto, a recordar cosas de cuando era niña y de la generación de sus padres— mencionó algo llamado «efecto memoria» que tenían las baterías antiguas, las fabricadas a principios del siglo XXI. Según ella, su madre le había contado que si no dejabas que las baterías se descargasen del todo, y las enchufabas a media carga todas las veces, terminaban por estropearse y conservar solo la mitad de su capacidad. A eso lo llamaron jocosamente «efecto memoria» de las pilas. Y Raquel lo enlazó con el sobre-exceso de alimentación de Chao Li.

—Espero que no sea porque su batería interna se ha estropeado. Si es así, lo llevaremos a la fábrica ahora que aún está en garantía.

—Vamos a ver —coincidió su marido—. A lo mejor es solo que se quedó dormido.

—Ramón, los robots no duermen.

—Ya.

Pero el incidente no solo se repitió en más noches, sino que la impresora de Chao también se estropeó. Cuando la familia se levantaba por la mañana para ir a trabajar y lo descubría aún allí, enchufado a la corriente, solía encontrar hojas tiradas a los pies del domobot que este había vomitado durante la noche como si le hubiese dado una diarrea de papel. Pero lo más raro eran los dibujos: los folios no estaban en blanco, sino pintados, y eran dibujos abstrusos, abstractos. No tenían sentido. Parecían una amalgama psicodélica de colorines mezclados en inflorescencias deletéreas. Chorreones de color que habrían podido pasar por un simple fallo del *tóner* de no ser porque, si se los miraba largo rato sin pestañear, uno descubría un cierto patrón matemático en ellos. Las espirales y los remolinos tenían esa aura repetitiva y musicalmente rítmica de los fractales.

Sin embargo, el incidente que lo cambió todo ocurrió a mediados de la undécima semana, una noche en la que los niños llegaban tarde a su hora de acostarse: habían estado viendo el *show* de Yam Park Go —una celebridad local— hasta muy tarde. Más o menos a la altura de la tercera protesta y del «¡no, papá, cinco minutos más!», Sofé fue a la cocina a por su obligado vaso de agua y vio que Chao Li estaba allí, silencioso en una esquina, con su apéndice de alimentación enchufado a la pared.

La niña, que había oído discutir a menudo a sus padres sobre ese tema, se hizo la mayor y fue a desenchufarlo a mano, barruntando un «ay, ay, Chao Li, travieso, mira que tienes hambre». Y entonces, ocurrió: el domobot se volvió loco en cuanto ella tocó el cable, lanzando pitidos y gritos y fogonazos de luz por la placa negra de su cabeza. Al mismo tiempo, extendió en abanico y con violencia todos sus brazos y apéndices manipuladores, algunos acabados en pinzas y agujas bastante afiladas, como un monstruo que de repente se dispone a devorar a su víctima.

Sofé lanzó un chillido de pánico. Sus padres acudieron corriendo para encontrarse con el espectáculo de su hija llorando de miedo a los pies de una monstruosidad mecánica que parecía un electrodoméstico fuera de control. El cable se le había desenchufado solo de la pared, y más folios eran vomitados por su impresora con rayones quebrados y explosiones de tinta como alaridos simbólicos de una mente enferma.

Ramón dirigió una mirada imperturbable a su mujer y dijo:

—Mañana mismo lo llevamos al taller.

Y Dios dijo: hágase el taller. Y el taller se hizo.

El coche de Raquel se desplazaba a toda velocidad, en modo automático, por la pared lateral de la autopista, agarrado con tentáculos invisibles a la pinza electromagnética de la vía. En el asiento de atrás iba el domobot, apagado y tumbado de costado. Los niños se habían quedado en casa de los vecinos con los que más confianza tenían.

Raquel miraba fijamente la pista, con aire abstraído, mientras Ramón consultaba la garantía en su versión *on line*. Seúl, con el paso del tiempo, se había convertido en una ciudad de superautopistas, como casi todas las grandes metrópolis del mundo. Los tentáculos de las magnetovías se expandían como los brazos de un calamar infinito, tanto horizontal como verticalmente, y formaban un sistema circulatorio de cemento que lo cubría todo: calles, avenidas, pulpos de varios niveles superpuestos, puentes colgantes… y trepaban verticalmente para hacer suyos también los edificios, las torres, las antenas. Los coches se conducían solos en modo GPS a velocidades que en épocas pasadas los conductores habrían

considerado suicidas.

—Uhm… aquí no dice nada de problemas con la batería —rumió el ingeniero—. Ni en las FAQ ni en las consultas de los clientes se dice que este problema haya aparecido nunca. Según esto, las baterías son muy fiables.

—Pues qué bien. El nuestro viene a batir un nuevo récord —dijo ella de mal humor.

—Venga, no te pongas así. Al fin y al cabo, no pasó nada. Solo fue el susto que se llevó Sofé.

—No pasó nada… pero pudo haber pasado, Ramón. —Los ojos de Raquel estaban inquietos y saltaban de un punto a otro con un deje de furiosa y malsana suspicacia—. Imagínate que el robot funcionara mal. Imagina que al extender sus apéndices le hubiese hecho un corte en un bracito a la niña. Podríamos estar ahora mismo en el hospital, y no de camino a la fábrica para que nos cambien el modelo.

—Ya, todo eso ya lo sé… —Suspiró—. ¿Sabes qué es lo más gracioso?

—Qué.

—Que los niños me preguntaron si llevábamos a Chao Li al médico. Y cuando les dije que no era al hospital a donde lo estábamos llevando sino a la fábrica, para que nos dieran otro modelo, me miraron raro, como si estuviera diciendo una barbaridad. Creo que no se hacen a la idea de que Chao Li es un *aparato*, y que se puede cambiar por otro exactamente igual. Para ellos es como si fuera una persona.

—Ya… creo que se habían encariñado con él. Pero me da igual.

—A mí también. Nosotros hemos pagado un pastizal por un electrodoméstico, y si no funciona, tenemos derecho a uno nuevo, qué demonios. Al cuerno con las prosopopeyas.

Delante apareció por fin la torre de la empresa que fabricaba los modelos Domobot 3000™. Era un edificio grande en cuya base se abrían tres bocas que se tragaban literalmente la autopista, apuntando a sendos puntos cardinales. El coche de Raquel fue devorado por una de esas gargantas y el GPS les avisó de que habían llegado. Treparon por una pared subiendo por una catenaria electromagnética, junto a otros veinte vehículos, y llegaron al *parking* preferente. En aquella empresa tenían una forma especial de cuidar a quienes venían con un impreso de reclamación en la mano.

No los hicieron esperar mucho. Unos solícitos empleados vestidos con

un uniforme verde muy pulcro se hicieron cargo del «artículo para el hogar» defectuoso, y ellos pasaron directamente a una sala de espera limpia y elegante, decorada con gardenias. Menos de cinco minutos después, la puerta se abrió y un hombre que parecía un médico, pues llevaba una bata de científico, salió a recibirlos, todo sonrisas e inclinaciones de cabeza.

—¡Buenos días, señor y señora Casamara! ¿Españoles, verdad? Lamento que nos conozcamos en estas tristes circunstancias. Soy el doctor Syngman II Kim, encargado del departamento de domótica avanzada e inteligencia artificial de la firma.

—¿Doctor en Medicina? —preguntó Raquel.

—En ingeniería informática, pero en lo que a nosotros nos atañe, es casi lo mismo —bromeó—. ¿Qué le ha pasado a su electrodoméstico?

Procedieron a explicárselo con todo lujo de detalles. Era como si se estuvieran confesando, o como si estuvieran ante un consejero matrimonial. A medida que iban añadiendo detalles, la ceja derecha del doctor Syngman se fue arqueando más, milímetro a milímetro, sobre el pliegue epicántico de su ojo.

—Efecto memoria energética… hacía años que no escuchaba ese término. Evidentemente, con las baterías de isótopos de litio de la actualidad tal cosa es imposible, pero me ha hecho gracia que me lo recordasen —sonrió Syngman—. Un domobot que se enfurece si le interrumpen su recarga… Vaya, qué curioso. —Leyó en profundidad el informe—. Les juro que es la primera vez en todos los años que llevo al frente de esta empresa que escucho algo parecido.

—Pues qué bien —rezongó Ramón—. Parece que nos tocó la china. Con perdón. Expresión hispana.

—¿Pueden arreglarlo, o nos darán otro? —preguntó Raquel—. Mis hijos se han encariñado ya con ese…

—Les proporcionaremos uno nuevo, y además, de un modelo más avanzado, totalmente gratis. Será la forma de la empresa de disculparse con ustedes. Si quieren podemos copiar los registros de memoria social que generó ese modelo en torno a su familia durante esas semanas en su nuevo cuerpo, para que tenga más visos de ser «la misma persona» cuando se lo devolvamos.

—Pero… ¿y si el fallo está en algún lugar de su memoria eidética, comportamental? —preguntó Ramón—. ¿No se trasladará también al nuevo cuerpo con la copia?

—Sinceramente, lo dudo, señor Casamara —dijo el doctor. Jugueteaba

con un bolígrafo para *tablets* en cuyo fuste se veía la silueta de una modelo en bañador de los años cuarenta del siglo pasado—. Esos registros no son memoria real, sino un edificio de enlaces que fue construyendo el modelo sobre las costumbres de su familia: horas de llegar a casa y de acostarse, cosas que les gustan y que detestan, lo que observó de las, ejem, intimidades del hogar… elementos así. Ese registro mejora la interactividad del domobot con sus amos. Yo creo que lo mejor es borrarlo todo y empezar desde cero.

—Yo también —dijo Raquel, a la que no le había gustado nada la inflexión que aquel hombre le había dado a la palabra «intimidades». Sabía que aquellos robots observaban y aprendían, pero hasta ese momento no lo había visto como un espía industrial metido en su hogar. ¿Le habría mandado una copia en algún momento a la central de ese registro de intimidades de su familia? ¿Lo habría leído alguien?

—Bueno, vamos a proceder a un análisis exhaustivo de la mente de este modelo, y averiguaremos lo que ha pasado. —Syngman exhaló un suspiro de satisfacción prematura. No tenía la menor duda de que lo conseguirían—. Les mantendremos informados. Mañana mismo, un mensajero les llevará su nuevo Domobot 3025+™ a casa.

—Estaremos esperándolo ansiosos —sonrió Ramón, no sin un deje de ironía, y estrechó su mano.

Abandonaron relativamente contentos la fábrica y volvieron a casa para darles la buena noticia a sus hijos: sí, seguirían teniendo un mayordomo. Y sí, sería una especie de versión mejorada de Chao Li. La clave para que no se pusieran tristes, se dio cuenta la madre, era ponerle el mismo nombre al robot nuevo que tenía el antiguo.

Pasó una semana sin nuevos incidentes, y con el ánimo general de la familia otra vez alto. El hermanito gemelo de Chao Li llegó —así se lo explicaron a la pequeña Sofé—, e hizo perfectamente bien sus labores. No se conectó nunca más de lo necesario a la corriente y jamás expulsó garabatos esquizofrénicos de su impresora. Este modelo, en elegante marfil industrial, era mejor y más bonito que el anterior.

Al lunes siguiente, recibieron un comunicado de la fábrica. Era del doctor Syngman, que solicitaba hablar con ellos en privado, pero no por vía telefónica. Preocupados, Raquel y su esposo volvieron otra vez a aquel despacho, donde el Syngman que los recibió era una versión sutilmente menos alegre, más sombría, que la de la vez anterior.

—¿Qué pasa, sucede algo malo? —preguntó Ramón, preocupado.

—No, tranquilos —dijo el doctor, poniendo algunos papeles encima

de la mesa. Entre ellos estaban los dibujos que le habían traído los Casamara, los que había hecho Chao Li, solo que tenían marcas. Alguien había señalado unos puntos en los manchones fractales de color y les había endosado números, como cuando se estudian las huellas dactilares—. Es solo que… este caso ha despertado mi interés personal, como científico. Es algo insólito dentro del mundo de la robótica. Les pedí que vinieran porque a lo mejor pueden darme más datos.

Raquel y su marido compartieron una mirada telepática.

—Primero, como es lógico, analizamos la batería y los acumuladores del domobot, a ver si estaban bien. Lo estaban —prosiguió el doctor, mirándolos con una tranquilidad carente de sorpresa—. Así que tenía que ser un problema cerebral, no de cableado. Pusimos a nuestra IA más potente, *He0 Hu*ῆ, a lobotomizar el cerebro del androide… perdón, es una expresión que usamos por aquí.

—¿Y qué encontraron?

—La ansiedad que se generaba en DM3000/45813/SemproHYX7295v2.4 por conectarse más y más tiempo a la corriente tenía su origen en unas líneas de código mal escritas. O, mejor dicho, corrompidas por algún fallo durante su actualización del sistema. Su cerebro tiene varias directrices que son como los principios freudianos de la búsqueda del placer, solo que aquí lo que intentan es proteger los buenos «sentimientos» y la conducta intachable del domobot —explicó Syngman con voz grave—. Todas las conductas descubiertas por casualidad durante su proceso de aprendizaje, es decir, aquellas que sus amos premian y refuerzan, son dignas de ser atesoradas por el robot. Son «placenteras» para él, si me permiten la expresión. Pues bien, en un momento dado, y ni siquiera *He0 Hu*ῆ sabe por qué… en esa lista de placeres virtuales entró el conectarse a la corriente y… eh… libar cada vez más energía hasta sobrecargar el amperaje de sus baterías. El robot encontraba placer en esa sobrecarga, aunque para él debía de ser dolorosa. Por eso se enfadó cuando su hija intentó desconectarlo y privarle abruptamente del flujo eléctrico.

—P… pero… ¿y los dibujos? —La cara de Raquel era un poema. Como la de su marido.

—Los dibujos. —Una sonrisa enigmática se abrió paso por su cara—. Ahí es donde tenemos el verdadero tesoro de este caso. Esa sobrecarga dañó algunas áreas de su cerebro, entre ellas la que controlaba el volcado de imágenes a la caché de la impresora. Lo que el robot estaba imprimiendo… —aquí hizo una pausa dramática—, eran ni más ni menos que las «visiones» que tenía cuando se hallaba en los picos máximos de amperaje.

Lo que su cerebro veía mientras la electricidad le hacía daño.

»En palabras más sencillas, señor y señora Casamara… —Los miró a los dos con infinita dulzura—: Tuvieron en casa al primer robot yonqui de la historia. Y lo que hizo fue imprimir sus «flipes» de heroinómano terminal, sus viajes lisérgicos al Nirvana robótico. Los analistas informáticos van a estar filosofando sobre el significado de estos dibujos durante siglos.

6. CRUCE DE CAMINOS

Marcus estaba deseoso de encontrar un sitio tranquilo donde entrar en comunión con lo que él llamaba «la parte más onírica de sí mismo», gracias al gramo de trank que le había sacado por la mitad de precio al listillo de Rapunzel. Pero claro, aunque esos sitios existían hipotéticamente, en la práctica eran difíciles de encontrar.

A su piso no iba a volver, eso desde luego. Porque no quería arriesgarse a que alguno de sus amables compañeros le robara todo lo que tuviera en los bolsillos mientras navegaba por los universos antimorfológicos del trank. Tampoco podía arriesgarse a perder la conciencia durante la media hora o así que duraba el cuelgue en mitad de un parque público, por razones obvias. Curiosamente, el mejor sitio para tener intimidad para este tipo de cosas era la cárcel, porque allí estaría vigilado y bien a salvo detrás de la barras, pero entrar en ella no era tan fácil como parecía. Y además, la pasma le requisaría el trank en cuanto lo viera —seguro que para usarlo ellos—. Así que el problema no tenía una solución trivial.

Pero sí que había un lugar, ahora lo recordaba. Sí, aunque a veces fuera amable con sus visitantes y en otras peligroso. Se trataba de unos antiguos estudios de cine patrocinados por el Estado, ya en situación de semi-abandono, donde lo más peligroso que uno podía encontrarse solía ser un nostálgico disfrazado, un superviviente de la era en que las películas se pasaban en un sitio lleno de butacas con una pantalla enorme por delante. Esos lugares ya no existían, hoy en día todo el mundo se descargaba los contenidos visuales directamente a sus redes sociales y los veían mientras hacían otras tres o cuatro cosas al mismo tiempo. Por eso, las tramas de las películas tenían por fuerza que ser muy sencillas, para que hasta un niño de cuatro años las entendiera, porque los productores sabían que la gente las vería prestándoles atención solo a ratos, y con solamente una cuarta parte de su cerebro. Si una trama era del tipo «chico conoce chica – chica se enamora de chico – ambos se casan al final»… uf, ya estaba siendo muy

compleja para los gustos del gran público.

Los estudios Dandong; reliquias del pasado llenas de moho y colorines. Iría allí a disfrutar sin molestar a nadie de su trocito de cielo.

Se suponía que el solar estaba vallado, pero los que sabían qué cosas pasaban allí dentro también conocían los accesos. Así que localizó a un vagabundo que iba con cierta prisa, como el antiguo cliente que llegaba tarde a una sesión y aún tenía que comprar las unidades azucaradas de reventón pisingallo, y las bombas cancerígenas gasificadas teñidas de negro —se decía que esto era costumbre en la época de sus abuelos—. Inexplicable que uno destrozara su salud de esa manera solo por disfrutar de hora y media de ocio.

Siguiendo al vagabundo, localizó un acceso a través de una rotura de la valla y entró en los estudios. Había dos clases de personas allí dentro: los ya mencionados vagabundos, que solo buscaban un sitio al abrigo de la lluvia donde pasar la noche, y los frikis disfrazados, que practicaban un extraño juego de rol en el que, mientras estuviesen vestidos como su personaje favorito y dentro de aquel recinto, diluían su personalidad en la del personaje, y se convertían en él durante un rato. A Marcus no le daban miedo, a menos que imitaran a los protagonistas de una peli de artes marciales, con katanas de pega. Uno podía llevarse una hostia gratuita si simplemente se acercaba a preguntarles la hora.

Vio pasar dos chicas vestidas como colegialas pero con el pelo de colores y un maquillaje que recordaba las películas de zombis. ¿Colegialas *sexys* muertas vivientes? De todo hay en la viña del Señor… Se escondió cuando vio venir por un camino a dos tipos que parecían sacados de una película muy antigua, muy *vintage,* como se decía ahora: iban ataviados con pijamas de color amarillo y naranja, pelucas de pelo occidental —cuando los coreanos quieren disfrazarse de europeos o norteamericanos, tienen sus propios códigos para eso—, y pistolas láser de juguete en la cintura. Uno tenía unas orejas puntiagudas postizas, una referencia que Marcus no supo identificar. Ambos hablaban muy lentamente y en una jerga incomprensible.

Encontró lo que buscaba unos minutos después: al abrigo de uno de los edificios principales había un grupo de informatakas de pelambrera *punk*. Eran una tribu urbana de programadores radicales que venían a estos sitios a ejercitar sus habilidades, reventando antiguos códigos o forzando empalizadas de datos. Dos de ellos estaban sentados en posición de loto delante de una pared de símbolos de prohibición holográficos, que tapaba con su resplandor rojizo la entrada a un callejón. La miríada de señales de

prohibición, con sus correspondientes diagonales cruzadas, decían que no se podía beber, ni comer, ni hablar, ni moverse, ni traer animales, ni no traer animales, ni saltar, ni dejar de saltar, ni fumar, ni dejar de fumar, ni hablar bajo, ni hablar alto, ni conducir, ni dejar el coche en casa, ni ser feliz…

Los informatakas tenían los brazos levantados y las manos vueltas hacia arriba. Tecleaban al revés en consolas puestas boca abajo, arrebatadamente, mientras sus sonrisas alternaban varios estados de ánimo deplorables como canciones de vodevil. Sus ojos estaban idos, perdidos en las mil permutaciones de aquellas señales rojas, entregados a la saga interminable de su paludismo.

—Perdón —dijo Marcus cuando atravesó la pared holográfica, emborronando una docena de símbolos. Los informatakas le insultaron y mentaron a su madre, pero no se movieron del sitio: siguieron tecleando de manera enfermiza, como los matemáticos analistas de entidades que trabajaban para las empresas de *software*. Él les dedicó una sonrisa horizontal—. Disculpen, solo será un instante…

Dejó la pared a su espalda y miró el callejón. Estaba vacío, ¡estupendo! Mientras los locos de los bits siguieran enfrascados en su juego —y podían pasarse así toda la noche, a menos que les picasen más mosquitos anofeles—, el holograma lo ocultaría de miradas indeseadas. Y podría disfrutar en paz de su viaje.

Se sentó en una esquina y sacó la ampolla con la droga. El trank podía entrar en contacto con el cuerpo humano de cualquier manera imaginable, y era igual de efectivo en todas: aspirado, inyectado, frotado sobre la piel como un linimento, goteando sobre los ojos como un colirio, mediante cápsulas ingeridas por la boca o por vía rectal… El método era elección del consumidor. Era cuando la linfa extraterrestre llegaba al cerebro, agitándose como una bestia selvática entre llamaradas de cuarzo rosa, cuando se producía el milagro.

Marcus solía ver una playa mientras estaba en trance. Detrás había una selva, y delante un mar inmenso de un tono lapislázuli precioso, cristalino. La suave pendiente de la arena se introducía en el agua como si nunca hubiese sido profanada por huellas humanas, en millones de años, y solo las conchas dejaran sus rastros en ella al ser arrastradas por la marea. Un sol redondo, dorado, que no hacía daño cuando lo miraba fijamente, colgaba de un horizonte plácido. Había islas a lo lejos.

Marcus se encontraba a gusto en ese lugar, y no solo a nivel consciente, cerebral, sino también en sustratos ocultos a los que su mente

normalmente no llegaba. Lo más raro que tenía la linfa, el efecto cinestésico que producía, era una disociación de los conceptos con sus significados aparentes. Es decir: uno podía mirar fijamente una playa y no saber qué era una playa, el significado suelto en una especie de paquete que flotaba por algún lado, desligado totalmente de la imagen. Eso propiciaba las experiencias surrealistas, pues era como hacer regresar la mente a ese momento en el que uno acaba de salir de la madre y no posee nombres ni significados para nada. El aire no era aire, el suelo no era suelo. Esas sombras oscuras que se movían a su alrededor como colosos aún no eran personas.

Marcus había tenido experiencias realmente surrealistas en su playa. Cuando el trank borraba los significados del mundo, el agua se le había aparecido como un sonido plástico, una música elástica y figurativa que le cantaba canciones alegóricas. El sol se convertía en un gran ojo invertido, con el párpado hacia dentro, que estaba en dos distancias a la vez, muy cerca y al mismo tiempo increíblemente lejos. Así pues, tenía también dos magnitudes: pequeño como un microbio y grande como una galaxia.

Era un estado de esquizofrenia simulada, eso él lo sabía. Lo sabía mientras estaba fuera, pero no cuando entraba en él. El cerebro posterior se deprimía y no le mandaba al cerebro anterior los estímulos que necesitaba, por lo que este se vaciaba drásticamente de contenido. Era eso, un bebé abandonado, limpio y puro; un campo gravitatorio supraceleste, el final abrupto de una novela que nunca se escribió.

En numerosas ocasiones, Marcus se había preguntado si los Vahn verían así el mundo. Si esa era su clase de percepción. Pero no era posible, no en una civilización avanzada que había conquistado las estrellas: ningún ser puede llegar a fabricar herramientas, ni siquiera las más simples, si su mente trabaja en un plano psicodélico. En todo caso, inventaría herramientas para manipular los espejismos, pero nunca el mundo real.

A lo mejor eso era el trank, se le ocurrió: una herramienta para manipular los espejismos. Un destornillador-martillo-espátula para visiones alucinógenas.

Pinche molécula, como diría su amigo el sudamericano. El que entendía como gracioso subirse a los minaretes musulmanes a llamar a la oración con su disfraz de cerdo puesto. O el que había vendido polvos de talco como repelente para tiburones falso.

Entonces, la vio: la sombra que se movía unos metros más adentro, en el callejón. Hasta que no varió de posición permaneció invisible. Parecía una mujer menuda y muy flaca, como si hubiese pasado por un serio

periodo de hambruna.

Marcus estaba a punto de mojarse el dedo en saliva para pringarlo con el polvillo negruzco y aplicárselo por frotación en el cuello, cuando se detuvo. Trabajosamente, se puso en pie y caminó hacia la mujer. No era ni bonita ni fea, sino que poseía un rostro redondo en el que los rasgos se estiraban como ingredientes de una *pizza* para abarcar bien sus espacios asignados. Era de mediana edad, y parecía tan sucia como para haberse marcado ella sola un cruce de montañas, sin piolet ni parka.

—¿Señora, está usted bien? —preguntó en su vacilante coreano, a pesar de que la chica tenía pinta de europea. Ella medio abrió un ojo y le miró. Llevaba algo agarrado con fuerza en una mano, un manojo de papeles arrugados. Y también una especie de caja, pero no compacta, sino como si fuera uno de esos ordenadores antiguos de torre que los informáticos se fabricaban en plan monstruo de Frankenstein, ensamblando piezas de aquí y de allá.

Unos segundos después, la mujer reaccionó dando un respingo. Se apartó de Marcus como si la estuviese amenazando con un cuchillo, arrastrándose por el suelo.

—¡No me haga nada, yo ya no los tengo! —gritó en inglés—. ¡Me los quitaron! ¡Tenga piedad!

—¡Eh, eh, tranquila! ¡Nadie la está amenazando! —dijo él, en tono conciliador—. No voy a hacerle daño. ¿Tiene algún problema grave, quiere que llame a la policía?

Esa posibilidad asustó aún más a la mujer que el estar sola en un callejón con un desconocido.

—¡No, a la policía no! ¡Tienen contactos dentro, la tienen comprada! Conocen… ellos… ellos son… están por… por todas partes… —Su voz fue cambiando de modulación hasta convertirse en un gemido lastimoso.

—Mire, señora, aquí no puede quedarse, es peligroso. ¿No tiene ningún lugar al que ir, su casa o la de un amigo…?

La mujer sacó de su bolsillo un puñado de billetes arrugados y se los tendió.

—Usted es uno de esos trankis que vienen a este parque, ¿no? Tome, con esto podrá comprar más. Se lo doy si me lleva a un lugar seguro.

Marcus volvió a meterle otra vez el dinero en el bolsillo, sospechando ya que aquella mujer no estaba del todo cuerda. De ella emanaba un olor intenso, cáustico, como si no se hubiese duchado en semanas. Y además, tenía rastros de hierba y de tierra de las montañas por todo el cuerpo. La

hipótesis de que se había marcado un periplo por la zona salvaje del país ella sola ganaba fuerza, y también que lo había concluido arrastrándose por los ventosos arrabales polvorientos de la ciudad.

—Vamos a ver, empecemos por su nombre. Está claro que necesita ayuda. Yo soy Marcus.

—Me… me llamo Marga, soy española. Tra… trabajaba en el instituto de astrofísica del CEM.

—¿Una astrofísica? ¿Y qué hace tirada en un callejón de madrugada?

—Ayúdeme a levantarme. —Marcus lo hizo—. ¡Dios, las agujetas! Han sido muchos kilómetros, me arden las piernas… Me persigue un grupo teórico-terrorista llamado Noviembre Negro, no sé si habrá oído hablar de ellos…

—Eh… sí, pero pensaba que eran frikis con demasiado tiempo libre.

—Su amenaza es muy real, créame… Matan a la gente. La secuestran. —Una descarga de lágrimas humedeció sus ojos—. Nos llevaron por la fuerza a las montañas, a mi jefa y a mí… para obligarla a borrar todo rastro de sus investigaciones sobre los Vahn. La mataron. La… la mataron. —Observó la papelina con el gramo de trank que Marcus llevaba en la mano, intocada—. Oh, lo siento, le he aguado la fiesta…

—No se preocupe, ya habrá tiempo para esto luego. Oiga, esto me sobrepasa, y creo que a usted también. Debe hablar con alguna autoridad pertinente. La voy a llevar a la comisaría más cercana, y allí cuidarán de usted, y seguramente querrán oír toda su historia.

—Pero la policía…

—No está comprada, confíe en mí. Conozco bien a los de este barrio, me he cruzado con ellos muchas veces. Son un poco capullos, pero no creo que estén metidos en esa clase de asuntos.

La ayudó a salir del callejón, renqueando. La mujer no se separaba ni de su miniordenador ensamblado ni de sus papeles arrugados. Sostenía ambas cosas como si su vida dependiera de ello.

—Gracias, Marcus… es usted buena gente.

—No se fie; en esta ciudad, cualquiera con una sonrisa bonita podría ser un violador.

—Pero usted me está ayudando.

—Sí… supongo que sí, ha tenido suerte de encontrarme a mí en lugar de a otros. O de que yo la encontrara a usted. —Hizo un mohín—. Hay gente que es más ladina que un vendedor de paracaídas de desecho. O que

esos telepredicadores que venden versiones no censuradas de los diez mandamientos, con doce más.

Se detuvieron por fuera del callejón. Un coche se acercaba por el camino que circundaba la nave principal del estudio: a primera vista parecía un vehículo normal, de esos 4x4 urbanos que techo bajo y ruedas anchas. Pero incluso Marcus, que no era para nada propenso a la paranoia, notó que había algo raro en él. Primero, porque por aquellas calles no solía transitar ningún coche. Y segundo, porque se movía muy despacio, como si su objetivo no fuera trasladar a sus ocupantes de un lugar a otro, sino vigilar las sombras. Mirar desde el interior de sus cristales tintados a las tribus urbanas que allí se reunían. De su motor surgía un ronroneo fangoso, con una especie de frecuencia intestinal.

Marcus se dio cuenta de que tanto él como Marga se habían escondido instintivamente detrás de la esquina, en la sombra. Y le pareció una estupidez. Otro lamentable episodio de las aventuras de Marcus el Vista de Águila.

—Ande, vamos —la urgió—. Cuanto antes acabemos con esto, mejor. Cuando venía para acá, vi un quad aparcado tras esos árboles. Seguramente será de alguno de esos informatakas. Le pediré que la lleve a la comisaría.

Cuando salieron de las sombras, reluctantes —sobre todo la mujer—, el coche frenó en seco. Y se quedó allí, en la oscuridad, como si estuviera a la espera de algo. Como un telón de fondo se veía una pared pintada con un *graffiti* autocensurado, hecho a base de asteriscos: «V**a *l ******rón *****cano». Marga perdió color en las mejillas, y aceleró el paso hacia los árboles donde su amable salvador aseguraba que estaría el quad. De la parte de atrás del 4x4 salía una antena como una especie de órgano prolapsado, que apuntaba hacia ellos.

—Esto no me gusta… —murmuró la española en su lengua materna —. No me gusta nada…

Llegaron hasta los árboles. En efecto, había un pequeño quad con manillar de motocicleta aparcado allí. Cerca, dos jóvenes disfrazados de personajes de anime se hacían arrumacos en la espesura. Ninguno los vio llegar. Marcus se fijó en que el vehículo tenía las llaves puestas, pero cualquier pensamiento nefasto derivado de ese hecho se evaporó. Él no era un chorizo, no robaba a la gente.

Ese pensamiento duró en su cabeza exactamente dos segundos más: el tiempo que tardó el 4x4 en poner violentamente la marcha atrás y salir disparado de culo hacia ellos. Una de las ventanillas tintadas se abrió por un costado, y de ella salió una mano que empuñaba un arma.

—¿¿Lo ve?? —gritó Marga—. ¡Se lo dije! ¡Son ellos!

—Mierda… —Marcus se subió a horcajadas al quad como el jinete de un caballo, y esperó a que ella se sentara a su espalda. Puso en marcha el vehículo, lo que provocó que los jóvenes de los arrumacos interrumpieran lo que estaban haciendo y asomaran la cabeza de entre los arbustos.

—¡Eh! —gritó una chica cuyos pechos desnudos lucieron blancos a la luz de la luna—. ¡Ladrón, bájese de ahí! ¡Socorro, policía!

—Eso, que venga la bofia… —dijo Marcus, metiendo la primera marcha—. ¡Sujétese!

Las persecuciones reales de coches no son como en las películas. No se realizan a velocidad suicida ni haciendo cabriolas en medio del tráfico. En realidad son muy lentas y seguras, pues ambos conductores quieren, antes que nada, no estrellarse y que la persecución continúe. Se confía más en la resistencia y la permanencia en la carretera que en la velocidad y el riesgo. Eso lo descubrió Marcus cuando trató de alejarse del coche que los perseguía, zigzagueando entre los árboles. Los faros del perseguidor eran ojos de sapo en la niebla. De la ventanilla del conductor brotaron órdenes, gritos, peticiones formales para que se detuviera… parecían horrendas parodias de un canto fúnebre en falso árabe.

—¡Son ellos, Noviembre Negro! —chilló Marga, agarrada a su cintura. Tenía el ordenador encajado entre ambos cuerpos, sus aristas clavándose en la piel de Marcus de manera dolorosa—. ¡Viene a por mí!

—¡Pues menuda gracia! ¡En cuanto veamos a un policía, se baja y se abraza a él como si fuera su padre, ¿estamos?! ¡No quiero que me meta en sus follones, sean cuales sean!

Marcus se dio cuenta de que la cosa iba en serio cuando las balas empezaron a surgir de las armas. Pero no era munición normal, de la que iba «en línea recta»: eran balas locas, proyectiles preparados para hacer quiebros en el aire y acercarse al blanco desde direcciones imprevistas, para sortear sus escudos. Marcus los vio zumbar en trayectorias desbaratadas dejando rastros blancos. A cierta distancia, sobre la valla que limitaba el estudio, una familia de objetos grises evolucionaba con una finalidad prevista: pequeños drones del servicio de Parques y Jardines de la ciudad que aprovechaban la noche para regar y fumigar. Las balas esquizofrénicas golpearon a uno de ellos, derribándolo con una explosión de fuego.

—¡Esos tipos van en serio! —protestó, como si elevar su queja a alguien sirviera para algo. Marga se abrazó con más fuerza a él para no caerse mientras el quad fabricaba sus propios atajos a través de los jardines.

—¡Se lo dije, son Noviembre Negro!

—¿Y por qué demonios la buscan a usted?

—¡Me escapé de su búnker en las montañas, y les robé una teoría revolucionaria de la física!

Marcus clavó sus ojos pasmados en ella a través del retrovisor.

—¿¿Qué??

Llegaron al límite de la valla, pero era como una red de pesca metálica: Marcus sabía que si intentaba atravesarla se quedaría atrapado en ella como un pez, así que no lo intentó. Dio un volantazo y se dirigió de nuevo hacia el callejón donde había encontrado a Marga, detrás de la barrera holográfica de los informatakas. A su espalda quedaron los edificios de la ciudad, surtidores de cemento líquido que se elevaban a gran altura abriéndose en ramificaciones de coral negro. Las calles sesteaban bajo lo que podía haber sido un tranquilo cielo de otoño. Aquel barrio no era especialmente pijo, pero tenía sus empresas refugiadas en agujas que pinchaban el cielo, en manojos de espirales blancas, rematadas por azoteas en un *tour de force* de azulejos y mosaicos.

Los proyectiles seguían dibujando sus estertores y líneas quebradas en el aire, como balas trazadoras. Los dos chicos a los que les había robado el quad, desnudos, se ocultaron tras un árbol cuando el rugiente 4x4 pasó junto a ellos.

Las ruedas del quad encontraron un bache y dieron un tumbo. A Marga estuvo a punto de caérsele su caja, pero la agarró en el último segundo con dos dedos. Parecía que aquel trasto le importaba más que su propia seguridad, pero sus motivos tendría: ahora mismo, Marcus no tenía cerebro para otra cosa salvo para conducir. Estaban a solo dos segundos de la pared de señales de prohibición holográficas, y del estrecho callejón que se ocultaba detrás. Los informatakas, alertados por el ruido, se volvieron con caras de disgusto, y lanzaron gritos de pánico cuando vieron que los dos vehículos se les echaban encima.

Una avispa a reacción penetró por detrás de Marcus, hizo un nido explosivo en el hombro de su chaqueta y taladró un orificio perfectamente redondo, sin estrías, en el retrovisor izquierdo. Su aturdida mente tardó unos segundos en comprender que se trataba de una bala.

¡Le habían disparado! ¡Se habían atrevido! Miró de reojo la explosión de pana y hebras deshilachadas de su hombro, para ver si encontraba sangre. No estaba seguro de si le habían rozado o no; el dolor aún no había alcanzado su entumecido cerebro. Sinapsis lentas, espesadas por el miedo.

Marga parecía estar bien.

—¡Agárrate! —le advirtió justo cuando atravesaron la pared de hologramas. Ella cerró los ojos. El 4x4 aceleró porque ya prácticamente los tenía a tiro…

Y entonces, sucedió.

El quad se había metido como una bala en el callejón, pero cuando le tocó el turno a su perseguidor, este resultó ser unos centímetros demasiado ancho por cada lado como para caber. El 4x4 se estrelló con un estruendo aparatoso contra las dos paredes, haciéndose polvo la chapa y los faros, y se detuvo en seco. Su conductor no había podido preverlo porque los hologramas las tapaban.

Pero eso no fue lo más aterrador, sino el hecho de que el copiloto, que no llevaba puesto el cinturón porque estaba disparando, salió disparado por el parabrisas delantero y aterrizó en medio del callejón, justo a los pies de Marcus, que había frenado su vehículo. El tranki y la científica observaron fijamente aquel cadáver durante unos segundos de terror: ambos habían visto antes la muerte, ella cuando escapó del campamento y él en un par de ocasiones en que la droga había hecho estragos entre sus compañeros. Pero nunca la había tenido delante tan desnuda, tan clara, pinchada en la punta de su propio tenedor. Aquel hombre había muerto por su culpa, aunque fuera en defensa propia: su cráneo aplastado, tumescente, los miraba con ojos que, colgando de los nervios oculares, seguían preguntándose qué pasó.

Marga vomitó, manchándole la pernera del pantalón a su compañero. Este aceleró otra vez y se dirigió, esta vez sin miramientos, hacia la salida del estudio.

—Vas a tener que explicarle a la policía un verdadero montón de cosas, guapa —gruñó.

Ambos se fundieron en el tráfico de la noche. Fundido a música rock.

Todo está lleno de trank: Capítulo 7, Capítulo 8

Víctor Conde

 **ESPAÑA**

7. ICOSAEDROS

Encadena con:

El doctor Syngman II Kim, teniendo un cabreo de mil demonios.



Ilustración: Pedro Bel

Se había pasado las doce horas anteriores intentando obtener una respuesta de Susu a cualquier estímulo, sin recibir a cambio más que el desprecio. A la manera a la que podían despreciar los Vahn, claro. Es decir, no haciendo para nada lo que se esperaba de ellos.

Las paredes de su celda se habían convertido en pantallas gigantes por donde resbalaban mosaicos de color, formas geométricas y destellos sincrónicos de luz. Lo que mejor había funcionado siempre con Susu eran los icosaedros: por alguna ignota razón, se sentía atraído hacia esas formas geométricas en concreto. Además de eso, por la trampilla del techo caían objetos y seres vivos sin parar: sillas, piedras, cuadros, insectos, mamíferos aterrados, reptiles de cola larga, prisioneros de cola corta, nubes de gas, sogas con comida en el extremo…

Semejante intensidad correspondía a una sola cosa: que ese día había venido de inspección el jefe directo de Syngman, un ejecutivo de esos que provocan en los demás nada más verlos una suerte de miedo escénico. Se llamaba Li Sejong, y era un hombre con una cara grande y plana con aspecto de haber sido embalsamada, como si le hubieran inyectado parafina

debajo de la piel. El hecho de que el generalmente imperturbable Syngman estuviera nervioso daba fe del poder de turbación de aquel ejecutivo.

—Así que seguimos sin resultados concretos —dijo el señor Sejong, firme como una lima. Su traje podía haber estado hecho a base de remendar billetes de quinientos euros que a nadie le habría extrañado.

—Me temo que sí, señor —replicó el doctor, con cierta compunción —. Susu… quiero decir, el sujeto experimental A01, se muestra esquivo a todos nuestros intentos por penetrar en su mente. Es totalmente impermeable a nuestras técnicas de exploración psicológica, incluso las más… esto, invasivas. Ni siquiera los bombardeos crudos con radiación TK le hacen otra cosa que no sean cosquillas.

—Ya hemos gastado más de quinientos millones de dólares en este proyecto, y los norteamericanos se están empezando a impacientar. Dicen que les toca el turno de analizar a nuestra… «criatura». Y que si no se lo permitimos, empezarán a valorar en serio una intervención militar contra nuestro país.

—Ellos siempre resolviéndolo todo por la fuerza… —gruñó Syngman —. Que se busquen su propio extraterrestre.

La mirada de reproche del ejecutivo lo silenció. Al otro lado de la mampara transparente, Susu continuaba inmóvil, aparentemente aislado de todo cuanto lo rodeaba. Sus esfínteres cutáneos boqueaban como las bocas de peces medio asfixiados y sus patitas se extendían para recogerse a continuación, muy despacio. Pero además de eso, no hacía nada más. Ninguno de los estímulos que ponían a su alcance lo atraía lo más mínimo.

¿Era un extraterrestre tonto? ¿Un retrasado mental según los parámetros de su especie? Esa era una idea que Syngman no descartaba del todo: estadísticamente, tenía que haberlos. Ninguna especie, por alienígena que fuese, podía estar compuesta solo por genios. A lo mejor, Susu era de los que limpiaban las letrinas de su nave espacial y se cayó fuera con el golpe del aterrizaje, y por eso habían logrado capturarlo. Que el resto de sus compatriotas no hubiesen hecho nada por rescatarlo, en todos aquellos años, demostraba lo poco que este espécimen les importaba. A lo mejor ni siquiera se habían dado cuenta de que faltaba cuando pasaron lista.

Esto es lo que conforma el centro de nuestras vidas, el infundíbulo *de todos nuestros esfuerzos: un alienígena bobo*, se lamentó. *Damas y hermafroditas del jurado, tengan piedad…*

—La junta ha puesto una fecha límite —dijo Sejong, palabras que le pusieron los pelos de punta al doctor—. Si antes de ese tiempo horizonte no conseguimos nada, habrá que admitir que la senda psicológica de

experimentación es inútil, y procederemos a probar con el A01 otros métodos más… biológicos.

—¡No, no pueden diseccionarlo! —exclamó Syngman, y al momento se arrepintió de haber levantado la voz—. Lo… lo siento, señor… es que no poseemos ningún otro ejemplar en cautividad. Si lo llevamos a la mesa del quirófano, ¿cuántos secretos se perderán? ¿Cuántas posibilidades de averiguar cómo piensa esta especie?

—Entiendo su preocupación, doctor, pero nuestras mejores mentes han sido puestas a prueba con este enigma demasiado tiempo, y estamos casi igual que al principio. Antes que dejar que se lo lleven los americanos o las Naciones Unidas… aplicaremos el plan de reserva.

Syngman sabía cuál era ese plan. Lo llamaban NN3. Consistía en simular un ataque terrorista contra las instalaciones de investigación, volarlo todo por los aires y decirle al mundo con enorme pesar que Susu había muerto. Por supuesto, lo evacuarían un día antes y lo llevarían al búnker secreto de la montaña, donde lo reducirían a pulpa —pero de manera controlada— en una mesa de operaciones. Si no podía obtenerse un resultado fiable por las buenas… se haría por las malas. Los diplomáticos se morirían de vergüenza al tener que decir ante el consejo de la ONU que unos simples terroristas les habían ganado por la mano… pero, al fin y al cabo, morirse de la vergüenza era uno de los privilegios de su clase política.

Pero eso era lo que más miedo le causaba a Syngman en este mundo: el fracaso de los métodos invasivos psicológicos. Le aterraba pensar en todos aquellos cirujanos, carniceros, aguardando escalpelo en mano junto a la camilla como un yonqui sentado con su aguja en espera del mensaje de la sangre. Brutos movidos por los estremecimientos premonitorios de sus glándulas prostáticas. A él no le importaban lo más mínimo los pobres desgraciados que arrojaba por aquella trampilla del techo… eran mártires de la ciencia, que daban su vida por el bien común. Pero hacerle daño a su pobre alienígena… eso sí que no.

—Señor, se lo suplico, concédale a mi departamento solo unos meses más… Estoy seguro de que estamos a punto de dar un paso de gigante, lo presiento.

El ejecutivo le dedicó una sonrisa cínica. Hacía muchos años que no usaba su boca para reír, por lo que tenía los músculos desacostumbrados.

—Los presentimientos están bien para los monjes y para los artistas, señor Kim. Pero no para la ciencia. Un paso de gigante, como usted lo llama, podría tardar treinta años más en llegar, o no ocurrir nunca. No podemos esperar tanto, con los americanos mirándonos por encima del

hombro. —Se ajustó el cuello alto de su traje *mao* típico—. Elevaré a la junta su protesta y su petición, pero no me comprometo a nada.

Se dio la vuelta para marcharse, con el doctor siguiéndolo como un perrito faldero que no paraba de gemir por un hueso, cuando unos ruiditos extraños procedieron de la cámara contigua. Los micrófonos sensibles los registraban: procedían de Susu.

Los dos hombres se giraron con los ojos muy abiertos hacia el cristal, y vieron algo que les chocó: el extraterrestre había salido de su letargo y estaba haciendo unos movimientos muy raros, como si bailara. Pero no era un baile, sino un desplazamiento rítmico sobre su eje, con sus patitas telescópicas contrayéndose y volviéndose a expandir de nuevo. De sus bocas goteaba una sustancia que parecía destilada de un neón verde clorofila. Miraba las paredes llenas de imágenes.

Syngman se acercó con una expresión de absoluto pasmo, y miró lo que las paredes estaban mostrando en ese momento: eran unos dibujos que él había visto antes, y que había incluido en la muestra aleatoria por puro capricho, porque no tenían nada que ver con las pautas de investigación. Sejong también se acercó, atónito.

—¿Qué es eso, qué está haciendo?

—Esos… esos dibujos a los que está respondiendo el alienígena…

—¿Qué son? ¡Doctor, vaya al grano!

Syngman corrió a su mesa y se bebió de un trago el zumo de sagitaria que necesitaba para controlar la tensión.

—Señor, hace varios días, una familia que vive en la zona centro nos trajo a la empresa tapadera un domobot defectuoso, para que lo reparásemos —le explicó con voz átona. Su cara estaba tan desprovista de expresión como una urna funeraria chiíta—. Creímos que se trataba del típico fallo de hardware, pero cuando le hicimos un análisis profundo descubrimos que su mente había sufrido un fallo… inexplicable. El robot se volvió amperinómano, es decir, adicto a la electricidad doméstica de bajo amperaje. Y esos dibujos son las cosas que vio y que imprimió durante sus… eh… cuelgues. Como ve, también incluyen la figura del sólido de veinte caras, el icosaedro, como elemento crucial.

Su jefe lo miró con una expresión apática, de pez tropical. Sus ojos decían «te estoy entendiendo, pero no me lo estoy creyendo».

—Y esos dibujos procedentes del pantallazo heroinómano de una máquina… ¿son los que están haciendo reaccionar al sujeto?

—Sí. —Syngman estaba a punto de desmayarse de la alegría. El paso

de gigante que le había prometido a su jefe acababa de producirse, y era un auténtico milagro.

Entonces, se dio cuenta de que Susu estaba emitiendo otro sonido distinto por sus bocas. Y no se parecía a ningún otro que le hubieran escuchado antes.

Tocó un botón y la cara de la jefa de monitorización apareció en la pantalla.

—¿Están viendo eso? ¿Lo están grabando todo?

—¡Sí, señor! —exclamó ella, igual de entusiasmada—. ¡El sujeto está emitiendo nuevos sonidos coherentes!

—¡Páselos por el altavoz!

El sonido era sedoso, submarino… una especie de gemido que se desintegraba como fundiéndose por dentro. Pero que contenía sílabas, quizá una palabra. Una frase entera segmentada. Syngman y su jefe se esforzaron por escuchar y entender.

Y lo hicieron.

El monstruo estaba diciendo claramente: «Familia… familia… Sofé… Mariposas que *volan*… mariposas que *volan*…».

Estaba hablando. En coreano.

El doctor y su jefe se miraron en silencio.

Y pulsaron el botón de alarma general.

Que el azul del alba atraviese la ciudad como una llamarada…

En la favela norte, las obras avanzaban a buen ritmo. Un pequeño ejército de operarios y robots se desplegaba por el andamiaje de soporte de las plazas elevadas hechas de cubículos, las casas donde vivían centenares de familias. Su misión era simple: colocar las microvigas de tensión —las «escamas»— de la arquitecta Raquel Casamara en los puntos esenciales de la estructura. Pero para llevar a cabo tal misión, hacía falta un despliegue tan enorme de medios que parecía como si el equipo de Raquel se propusiera rehabilitar medio Seúl.

Desde el puesto de mando donde estaba ella dando órdenes, en una atalaya desde la cual se dominaba toda la barriada, podían verse todos y cada uno de los cincuenta y dos equipos de hombres, robots servoguiados, obreros con exoesqueletos de carga, aparejadores e ingenieros de apoyo, y la flota de camiones, grúas y demás material de obra que el Gobierno había puesto a su disposición. Raquel no había visto un despliegue de medios semejante ni siquiera en Europa, en las grandes obras en las que había

participado. Allí, en Seúl, el potencial humano estaba nacionalizado, y los dirigentes lo ponían al servicio de lo que más les interesaba.

Era media mañana y la operación se hallaba en su apogeo: grúas de doscientos metros de altura sostenían con sus cables los amasijos de chabolas, algunos de quinientas toneladas de peso, mientras los obreros con exoesqueleto trabajaban debajo. Había tal cantidad de drones y de ultraligeros surcando el cielo que parecía la noche de Navidad en el aeropuerto Dulles. Una galaxia de destellos de soldadura con sus respectivas lluvias de chispas convertía el cuadro en una exhibición cromática, además de en un alarde de fuerza mecánica.

Raquel estaba, como era costumbre en ella, superconcentrada en su trabajo. Para ella solo existían en ese momento dos cosas: su terminal, y el flujo de datos que llegaba en tiempo real de los centros neurálgicos de la operación. Los equipos de arquitectos y aparejadores eran sus generales en el campo de batalla, y ella la reina que supervisaba su rendimiento y se cuidaba de que cada grupo terminara su labor a tiempo, para que el siguiente pudiera entrar justo a continuación, sin retrasos. Una fina gestión del tiempo basada en la eficiencia cronometrada era la clave para triunfar en proyectos de esa envergadura.

Lo que no esperaba era que un ayudante, un joven que estaba ahí un poco para todo, la llamase con su vocecilla tímida y le dijese:

—Esto… le pido mil disculpa, señora Casamara, pero tiene una llamada urgente. De fuera de la obra.

Ella ni siquiera lo miró. Siguió concentrada en lo que le estaban contando los otros responsables de obra, todos inclinados sobre una serie de planos. Pero el muchacho insistió, y a la cuarta vez, ella lo miró, malhumorada.

—¡He dicho un montón de veces que no quiero que me pasen llamadas aquí! ¡Estoy trabajando!

—Eh… lo sé, pero es que es realmente importante. —El chico tenía un diminuto móvil en la mano, de pantalla virtual. Se lo ofrecía casi con miedo, igual que la bruja le mostró la manzana a Blancanieves en el bosque.

—Si no es una llamada de urgencia del colegio de mis hijos, dígale a quien sea que ya le llamará mi secretario —dijo con desdén.

—Es que… es el ministro de obras públicas. Quiere hablar con usted. Y también hay otra persona compartiendo llamada, un tal doctor Syngman II Kim, de una empresa de robótica.

El grupo entero de arquitectos miró al chico en silencio, y luego cuchichearon entre ellos en voz baja. Reluctante, Raquel cogió el teléfono y se lo llevó a la oreja.

—¿Diga…?

En un dialecto sutilmente distinto del coreano clásico, reservado a gente de cierta posición social, la voz del ministro dijo:

—Señora Casamara, es un placer conocerla. Supongo que sabe quién soy. Quiero que hable con la persona que a continuación va a ponerse al teléfono, y que escuche bien lo que tiene que decirle. Adiós.

Sin esperar su respuesta, se oyó cómo la terminal cambiaba de manos al otro lado, y la familiar voz de Syngman sustituyó a la del ministro.

—¡Señora Casamara, es estupendo poder hablar con usted de nuevo!

—¿Señor Kim, de la empresa que nos vendió el mayordomo? —Ella no salía de su asombro. Tenía la faraónica obra momentáneamente parada por aquella… aquella… estupidez.

—¡Exacto! Perdone que la moleste, ya sé que es una mujer muy ocupada, pero créame que lo que tengo que decirle es un asunto de seguridad nacional.

—Segur… ¿Qué es esto, una especie de complicada broma? —dijo, muy enojada—. ¿Estamos en el aire?

—No, no, para nada, no me ha entendido. Verá, tenemos un problema que tiene mucho que ver con el modelo antiguo de domobot que usted… bueno, que su familia nos trajo para que lo reparásemos. El que era adicto a la corriente eléctrica.

—¿Todavía están con eso?

—Y la cosa trae cola, se lo aseguro. Por aquí no puedo explicárselo porque no es un canal seguro, pero necesito verlos a usted y a su marido en su casa esta tarde. Es importantísimo que estén los dos.

A Raquel empezaba a dolerle la cabeza. Si había algo capaz de producirle migrañas en este mundo era estar enredada en una situación que no era capaz de controlar y que, para colmo, parecía absurda. Una broma de mal gusto.

—Mire, señor Kim, mi familia tiene compromisos para esta tarde, y para el resto de la semana. No podemos cambiar los planes así por las buenas solo porque…

—Lo sé, lo sé. Mire, usted me dijo cuando nos entrevistamos en mi oficina que estaban estudiando la posibilidad de mudarse de casa, a otra

más grande y mejor, ¿cierto? Bien, si tiene la amabilidad de concederme su tiempo, y de permitir que su antiguo modelo, ese al que ustedes bautizaron Chao Li, regrese momentáneamente a su hogar, nosotros…

Eso puso en guardia a la arquitecta.

—¿Qué? ¡No, ni hablar! Pensé que lo de ese trasto ya era un asunto zanjado. Asustó mucho a mi hija pequeña y estuvo a punto de herirla. No, de ninguna manera va a volver a pisar nunca más mi casa.

—Escuche primero la oferta: si nos permite hacer un pequeño experimento esta tarde, en su domicilio, la compañía les comprará la casa que ustedes deseen en el barrio que elijan. Da igual el coste. Podrán mudarse en cuanto lo deseen, como si es mañana mismo.

Vueltas, vueltas, el mundo daba vueltas alrededor de Raquel. ¿Estaba soñando, no sería todo esto una estúpida pesadilla que estaba teniendo justo antes de que sonara el despertador? Porque tenía toda la pinta…

—Por favor, señora Casamara, diga que sí —suplicó Syngman—. Quedemos esta tarde para hacer esta prueba y le juro que no volveremos a molestarla. Y tendrá la casa de sus sueños, completamente gratis.

Raquel miró al grupo de arquitectos e ingenieros que la esperaba, impaciente, alrededor de la mesa.

—Oh, la res-pon-sabi-lidad —canturreó con una sorna zumbona. El ministro. La imagen del ministro encajada con calzador en todo aquello era lo que no cuadraba. Así que terminó preguntando—: ¿Ha dicho la casa que nosotros queramos?

8. TEORÍAS EXTRAÑAS

Al final, Marcus acabó llevándose a Marga a su piso. La chica estaba aterrorizada, y le asustaba aún más la idea de quedarse sola en la comisaría. Cuando se acercaron al cuartelillo de la policía, ella se puso a llorar y a sujetarse con tanta fuerza al cuerpo de su salvador que Marcus parecía una tabla de náufrago. La voz interior del tranki, que a veces era tan real y concreta como la de otro ser humano, le dijo que allí había canela fina. Con menudo marrón acabas de toparte, chaval.

Y él era adicto a los marrones, como su presencia accidental en Seúl constataba.

Acabaron en su piso de mala muerte, dejando el quad abandonado en un reservado para minusválidos. Así se aseguraban de que lo encontraría la policía y de que se lo llevaría la grúa. Su dueño podría recuperarlo muy

fácilmente al día siguiente.

Cuando entraron en el piso, Marga se tapó la nariz con la mano. Aquello estaba hecho un desastre, parecía un edificio en ruinas tras una guerra.

—Por Dios, ¿vives en esta pocilga? —le preguntó con la nariz pinzada por los dedos.

—Nadie vive aquí, es solo un lugar de paso. A veces dormimos aquí; otras, lo usamos para esperar a que pase el tiempo… No es un hogar, es un refugio.

—¿Y ese plural sois…?

—Compañeros trankis. Ya sabes, los que…

—Ah, vale, sí. Sé.

Solo había otra persona en el piso, y era un tipo que dormía hecho un ovillo en una esquina. Daba la impresión de llevar tanto tiempo allí que casi se había fundido con los muebles. Lo ignoraron y entraron en la habitación de Marcus.

—Oye, no pienses nada raro de mí, ¿vale? No te he traído aquí para propasarme ni nada de eso.

Ella sonrió.

—Tranquilo. Pero no bajaré la guardia. Debería confiar en ti porque me salvaste la vida, pero no lo haré porque, como alguien sabio me dijo una vez, no has de fiarte de nadie en esta ciudad aunque tenga cara de bueno. Cualquier tipo con una sonrisa bonita podría ser un violador.

—Exacto —dijo él, poniendo una sonrisa bonita—. Me alegra que estuvieras escuchando. Y ahora, ¿tendrías la amabilidad de explicarme tu historia? ¿Por qué te perseguían esos tipos?

Marga se tapó la boca con las manos para ahogar cualquier cosa que pugnara por salir, tal vez un suspiro de resignación, o la risa. Incluso un alarido. Dios sabía lo mucho que necesitaba gritar.

—Ya te lo dije: Noviembre Negro, búnker en las montañas. Escape a lo película de Hollywood. No sé ni cómo he conseguido llegar hasta aquí; a partir de mañana voy a seguir siendo atea, pero empezaré a creer en los milagros.

—Toda esa parte está clara. Y además me dijiste que todo tenía que ver con una científica muy buena, ¿no?

Ella asintió con la cabeza, triste.

—La doctora Akane Fujioka. Nos secuestraron a la dos, pero solo yo pude escapar. Ella estaba demasiado mayor para saltar la valla. En cuanto esté segura de que hablo con la persona correcta, denunciaré a esos mamones. Y que las autoridades se encarnicen con ellos todo lo que quieran.

Claro que sí. Marcus vio los titulares en un guiso que hervía vivamente: EXTRANJERA LOCA SE PIERDE EN EL CAMPO Y SE LE VA LA PINZA. SE CREE CENTRO DE UNA CONSPIRACIÓN JUDEO-MASÓNICA. Sonaba divertido, pero lo cierto era que Marga no parecía estar loca. Al menos, no más que cualquier ciudadano medio de aquella ciudad… lo cual era decir mucho.

Marga se dejó caer en el catre y comenzó a juguetear con su moño. Tenía el pelo como un nido de urracas en el que no dejaba de meter y sacar palitos.

—Akane era una persona genial, una verdadera mente privilegiada. Cogió las transmisiones de los Vahn, las primeras que mandaron nada más aterrizar en nuestro mundo, y las analizó. ¡Y logró descifrarlas!

Fue entonces cuando Marcus empezó a pensar en serio que estaba loca. Millones de científicos en todo el planeta habían intentado abrirse paso por ese galimatías, sin éxito. Al menos, no era una noticia que hubiese trascendido a la opinión pública. Así se lo hizo saber.

—Habría sido la noticia del siglo, sí —admitió ella—, una auténtica bomba, si esos cabrones de Noviembre Negro no se hubieran interpuesto. Yo era la ayudante de Akane, y leí los textos traducidos. Estábamos preparando el informe final para comunicárselo a la prensa cuando nos secuestraron. Nos llevaron a ese sitio en medio de la nada, y nos soltaron una sarta de pamplinas: que lo que nosotros hacíamos era una herejía contra las antiguas creencias y las antiguas divinidades; que el ser humano solo tenía oídos para escuchar una única revelación procedente de los cielos, y esta era la revelación de Dios… Una lamentable sarta de sandeces. Pero esos locos hablaban en serio, vaya que sí… —La mirada se le contagió de amargura—. La doctora había desarrollado una teoría cosmológica completamente nueva a partir de lo que aprendimos de los Vahn. Resulta un poco ambicioso decir esto, pero es cierto: teníamos incluso unas fórmulas relativas a un tipo de energía desconocido en nuestro planeta, ¡y funcionaban!

—Pero… eso es alucinante, a falta de una palabra mejor… —Marcus, al oír todo aquello, se sentía como un libro cuyo principal fallo fuera su dificultad para almacenar palabras impresas. Sabía que la confesión de

aquella mujer le quedaba muy grande, si es que no era todo una sarta de locuras—. ¿Y qué pasó con la fórmula?

Marga se tapó la cara con las manos.

—Me la comí… —confesó en un susurro. Y procedió a explicarle lo del código oculto en las obleas de pan y su estado de inanición—. Sí, me comí la mitad de ella… y como solo Akane la conocía en su versión íntegra, ahora es casi imposible volver a deducirla. Lo que queda está escrito aquí. —Le mostró los papeles arrugados que llevaba desde que se la encontró en el callejón. El hombre solo vio en ellos un galimatías indescifrable, un cuadro arborescente de Rembrandt hecho de números, rayas e igualdades—. Nos llevó años juntar las piezas, coger fragmentos de las transmisiones de los Vahn y unirlos como si estuviéramos montando un puzle, pero lo conseguimos.

—No se ofenda, pero me parece poco verosímil que pudieran «pescar» transmisiones en el espacio profundo y que de ahí obtuvieran un mensaje completo. Yo no sé mucho de esto, pero sí sé que la información se degrada, y se acaba perdiendo.

—No crea. La física tiene como principio implícito que la información puede desmenuzarse, pero no desaparecer. Podríamos coger una enciclopedia y destrozarla hasta que no quedara de ella más que un montoncito de serrín… pero reconstruyendo todas las partículas de ese serrín en el orden adecuado, obtendríamos de nuevo la enciclopedia. La información sigue estando ahí, solo que desordenada. Piense en todos esos pedacitos de ánforas que los arqueólogos descubrieron en el fondo del mar Egeo —dijo Marga—. Diminutos trozos de cerámica que llevaban soportando el ir y venir de las mareas y la furia del mar desde hace varios milenios, y, sin embargo, ellos fueron capaces de reconstruirlos y descifrar sus dibujos. Esto viene a ser lo mismo, solo que con ondas de radio en lugar de con cerámica.

—P… pero… ¿qué descubrieron sobre los alienígenas?

Marga exhaló un lento y gélido suspiro. Era una historia muy larga, pero tenía que mantenerse despierta. Si se dormía ahora, temía no volver a despertar.

—Verá, los Vahn proceden de una estrella que se halla a doce años luz de distancia de la nuestra, más o menos. Nosotros la llamamos Sirio 3. Ellos tienen un nombre mucho más impronunciable. Son lo que queda de una catástrofe planetaria.

—¿Una catástrofe?

—Sí… por lo poco que pudimos entender de sus transmisiones, hace unos cinco milenios (cómputo de Sol) se vieron amenazados cuando en la misma órbita de su planeta se acopló otro mucho más grande y masivo. Era un cuerpo celeste errante que su estrella atrapó e incorporó a su tablero de gravedades. Imagine que es como si en la misma carretera celeste que sigue la Tierra, de repente, el Sol atrapase y le metiera delante un gigante gaseoso que vaga por el cosmos. Imagíneselo como si usted fuera por una autovía con su pequeño utilitario, con kilómetros de vía libre por delante, y de repente le saliera al paso un camión tráiler de dieciocho ruedas que, encima, circulara a un tercio de su velocidad.

—Lo imagino, pero trátame de tú, como estabas haciendo al principio.

—De acuerdo. La colisión entre ambos mundos era inminente, pues uno tenía más velocidad traslacional que el otro. Y el que saldría perdiendo sería sin duda el de los Vahn, que se desintegraría en el proceso. Ciertos códigos religiosos de su cultura les prohibían emigrar en naves y dejar que su planeta se destruyera sin más, así que, para salvarse, decidieron aplicar un principio muy sencillo de la física al conjunto: el famoso «efecto tirachinas» gravitatorio, solo que aplicado a escalas masivas en lugar de a objetos pequeños.

Marcus arrugó la frente.

—Me suena el concepto. Creo que lo vi una vez, en una película…

—Sí, se basa en usar un pozo de gravedad grande como embudo para hacer rodar por su interior un objeto de mucha menos masa, y que salga disparado por el lado contrario como una moneda lanzada a un cuenco. —Marga lo miró a los ojos para asegurarse de que la estaba siguiendo. O, al menos, de que no estaba excesivamente perdido—. Pues bien, los Vahn usaron su tecnología para acelerar más su planeta, que era el más diminuto de los dos, para que corriera hacia el otro y este lo mandase lejos con un efecto de tiro de honda. El gigante agarrando por el pescuezo y lanzando lejos al pigmeo. Pero algo les salió mal, y acabó en una catástrofe planetaria.

—¿Me estás diciendo eso en serio? —A Marcus le dieron ganas de reír—. ¿Me hablas de planetas lanzados con tirachinas y de juegos de pelota cósmicos, y te extrañas de que algo salga mal?

—La verdad es que es gracioso… pero las matemáticas habrían hecho de red de salvamento si nuestros amigos hubiesen calculado bien la maniobra. Pero no lo hicieron. Tal vez porque estaban aterrorizados, porque se les acababa el tiempo… o, simplemente, porque no eran lo suficientemente listos, como especie. —Marga compuso una expresión

soñadora, imaginándose el titánico cuadro—. La cosa es que cuando estaban en medio de la honda, parte de la aceleración del planeta pequeño se convirtió de repente en momento angular. En lugar de hacer el movimiento de traslación alrededor del grande sin variar la inclinación de sus polos, el planeta madre de los Vahn empezó a girar como un loco sobre su propio eje. ¿Y qué es lo que pasa cuando tienes una roca muy grande con partes móviles sobre ella que de repente empieza a dar vueltas como una peonza?

—No sé… ¿que esas partes móviles se mueven?

—¡Premio! —La sonrisa de imaginadora de Marga se trocó en otra ligeramente rapaz—. Su planeta era parecido al nuestro, con agua en la superficie y una atmósfera que, aunque a nosotros nos habría matado, a ellos les venía muy bien. Sus océanos ganaron velocidad e inercia y se comprimieron por la ley de los líquidos subenfriados, convirtiéndose en gigantescas masas en movimiento que barrían todo a su paso, islas y continentes incluidos. Imagina tsunamis colosales que golpean con tanta fuerza la isla del Japón que son capaces de ponerla encima del Himalaya. El efecto en la superficie del planeta fue devastador, y la civilización de los Vahn, tal y como la conocían, desapareció.

A Marcus le costó imaginárselo. Se preciaba de ser un hombre con la mente abierta, capaz de visualizar muchos conceptos por extraños o aberrantes que fueran —su experiencia vital con el trank, la droga surrealista, daba pie a eso—, pero el cuadro que ella le estaba describiendo… no sé, era tan colosal que se salía por los lados en el marco de su cerebro. Literalmente.

Intentó imaginárselo pero poniendo a la Tierra como ejemplo: un buen día, el planeta aumentaba varios enteros su velocidad de rotación, así sin más. Sería, imaginó, como frenarla y dejarla completamente quieta de golpe, solo que a la inversa. ¿Qué pasaría?

El planeta no era una masa compacta, rígida, sino que tenía partes móviles: los océanos. Las grandes masas de agua. Y la propia atmósfera. Si lo que le estaba contando aquella loc… perdón, la científica, era cierto, el Pacífico podría comprimirse hacia un lado mientras la inercia tiraba de él, como cuando uno sacude una pecera y ve cómo el líquido forma pequeñas montañitas contra el cristal. Lo mismo pasaría con el Atlántico y el resto de los océanos: todos comprimiéndose como locos contra las paredes de América, Asia y África. Y luego, por supuesto, llegaría el efecto rebote, cuando esos trillones de toneladas de agua vencieran la inercia y quisieran volver a su lugar. Todo lo que hubiera en medio, literalmente,

desaparecería.

Sintió un escalofrío imaginando que estaba en una isla paradisíaca del Caribe, tomando el sol, y de repente una pared de agua alta como el Everest se le echaba encima a velocidad supersónica, ocupando todo el horizonte de un extremo a otro.

—Pero… hay una cosa que no entiendo —dudó.

—¿El qué? —preguntó Marga.

—Si ellos tenían una civilización tan avanzada como para acelerar un planeta entero, ¿por qué no corrigieron la posición de su eje, o su rotación? ¿Por qué dejaron que girara como una peonza, provocando todos esos destrozos?

Ella sonrió.

—Ese es el gran *quid* de la cuestión. Supongo que lo intentaron, pero les salió mal. Imagina que tienes la capacidad de provocar una avalancha: eso no implica que, una vez esta se ponga en marcha, seas capaz de controlarla. Hay fuerzas naturales que son tan inmensas que las puedes generar, pero una vez desatadas, ellas mismas son sus únicas dueñas. No obedecen al idiota que disparó a la cumbre de la montaña nevada con el fusil.

»Lo irónico del asunto es que si el planeta de los Vahn no hubiese sido como el nuestro, un mundo situado en la franja de la vida, la zona de habitabilidad de su sistema, las consecuencias no habrían sido tan devastadoras. Lo fueron porque la distancia a su sol permitía que hubiera agua en estado líquido en su superficie… pero si hubiese sido un planeta más alejado, más frío, toda esa agua habría estado congelada, y no se habría movido. Claro que entonces puede que nunca hubieran existido los Vahn.

—¿Por qué no?

—¿Tú has visto vida en Plutón? Si una proposición no tiene sentido, se aproxima al SIGNIFICADO CERO. Ese mismo principio se aplica también a la ecuación de la vida. Desde el momento en que el universo no le da cancha para existir, la vida, como concepto, cae también hasta el *significado cero*.

Se hizo un silencio automático. Marga estudió sus uñas con una intensidad fosforescente, caníbal. De las profundidades del armario de aquella habitación manó un hedor a vestuario abandonado.

—Esperanza. —Marga lo dijo como si estuviese deletreando una memez—. Es el común denominador de todos los seres vivos del universo. Esperanza en que sobrevivirán; en que ningún problema, por enorme que

sea, logrará vencerlos, ni siquiera la destrucción total. Y tenían razón —sonrió—. A pesar de todo, los Vahn subsistieron. Siguen ahí, cinco mil años terrestres después de su hecatombe. Y entonces, un buen día, nos encontraron.

Toda aquella historia estaba dejando ojeras de extenuación en la cara de Marcus. Tenía que estar muy concentrado para seguir la historia que le estaba contando la científica sin perderse. Solo se permitió salir un minuto de aquel trance cuando entendió las palabras «esperanza», «destrucción total» y «nos encontraron», y las hilvanó en la misma frase.

—¿Y qué clase de nueva energía encontrasteis vosotras…? ¿La dedujisteis a partir de eso?

—Sí, fue una extrapolación de las instrucciones que iban implícitas en el mensaje cruzado de los Vahn. Alguien de fuera, de más allá de nuestro sistema solar, les contestó y les dijo cómo generar esa energía para que sus naves estrelladas se levantasen otra vez del suelo. Nosotras cazamos al vuelo partes de esa fórmula y la genialidad de Akane rellenó los huecos. Y luego, yo me los comí…

—Y esa energía… ¿tiene nombre?

—Trank —dijo ella, pero esta vez de forma solemne, como si repartiera bendiciones—. Es lo que tú te metes en vena cada día. Usada de la manera correcta, también podría impulsar motores. Máquinas. Naves espaciales.

Un rumor sordo nació lentamente en el estómago de Marcus, y fue transformándose paulatinamente en una risa. Desde ahí, subió en grados de Richter hasta transformarse en carcajada. Al hombre le lagrimeaban los ojos cuando un violento acceso de tos hizo que dejara de reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó la española.

—Que… ay… —se enjuagó las lágrimas—, que después de todo, el regalo de esos alienígenas va a ser convertir todo lo que haya en el planeta Tierra en máquinas y organismos drogadictos, dependiendo para siempre de su linfa… El planeta Tierra va a cambiar su nombre al planeta Tranki…

Ella sopesó la idea un momento, y también le hizo gracias.

—Pues sí. Nunca lo había visto así, pero tienes razón. Hombres, mujeres y máquinas adictos al trank para siempre. —De pronto, la idea le pareció horrorosa—. La verdad es que me da algo de miedo…

—Debería. Si estás cuerda. Volver a toda nuestra raza esclava de una droga es como obligarla a que pierda su ciudadanía biológica, a que se tornen criaturas sin especie, sin condición humana. Estaríamos

condenándola a una muerte horrible solo por conseguir un nuevo tipo de gasolina más potente y barata.

—¿No lo hemos hecho ya, Marcus? Ahí tienes la televisión. E Internet.

—Sí, pero no es lo mismo.

—¿Seguro…?

El hombre señaló la caja con la especie de ordenador ensamblado que se había traído Marga.

—¿Y eso qué es? ¿Un descifrador de mensajes extraterrestres?

—Casi. Es el aparato que había construido Akane para registrar las ondas de emisión de la energía del trank, cuando no tiene forma química. Pasé por su casa a recogerlo, y allí fue donde los Noviembre recuperaron mi rastro. Salí huyendo despavorida y me refugié en los estudios de cine, y el resto ya lo conoces.

Marcus frunció el ceño.

—¿Eso… detecta las energías del trank dispersas en la atmósfera?

—Sí. Cuando no está destilado, es decir, cuando no es química como la que tú te chutas sino energía libre, la llamamos radiación TK. Por cierto, tengo que probarlo, a ver si funciona. Recibió un balazo durante la persecución.

En un lado de la carcasa había, más que un impacto directo, una rozadura. Pero era verdad que había deformado el metal y afectado a unas placas de circuitos y chips.

La científica lo puso en marcha. Una serie de ruidos intestinales electrónicos surgieron de él, lucecitas y diodos ardiendo en un triste neón azul. La energía prendió en sus entrañas, un largo tubo de ectoplasma radiactivo que afectaba a la silenciosa frecuencia de los sueños. El aparato vivió, el aparato sufrió, el aparato murió.

Pero, antes de hacerlo, detectó algo. Un perfume de trank que manaba de la ciudad.

—¡Increíble! —se asombró Marga, repasando las lecturas en un diminuto monitor acoplado—. Está detectando ahora mismo una poderosísima emisión de TK procedente de los barrios de Seúl… de uno en concreto, en la zona rica.

—¿La zona rica? Algún ricachón se estará montando una fiesta saturada de trank…

—No, no lo creo. No es eso… —Los ojos de Marga se afilaron—.

Estas lecturas son insólitas, nunca había visto una radiación tan pura, tan parecida a la que brota de los mismísimos motores de las naves Vahn. Dios mío. —Tragó saliva, y aquí Marcus intuyó que no había hecho del todo sus deberes. Que había cosas que se había dejado en la trastienda de su mente, sin meditar todo lo que debiera sobre ellas—. Es TK puro como icor divino. Como si la ecuación de Akane se igualara por fin a cero.

—¿De dónde procede esa emisión?

Marga se aproximó a la ventana sin cortinas. Miró a la ciudad, pero no cerca, sino a lo lejos, a los barrios ricos. A una zona en concreto donde ella aún no sabía —aunque lo averiguaría pronto— que estaba el chalet de los Casamara.

—Desde allí —señaló—. Tenemos que ir para allá, ahora mismo. Vamos.

Era tal la fuerza y la decisión que transmitían sus palabras que Marcus no supo decirle que no. Cogieron sus cosas y se pusieron en marcha, a ver si tenían suerte y la grúa aún no se había llevado el quad.

Todo está lleno de trank: Capítulo 9, Capítulo 10

Víctor Conde

 ESPAÑA

9. VUELTA AL HOGAR

Fundido a… tarde tempestuosa en el hogar de los Casamara.

Raquel tenía la impresión de que todo se había salido del tiesto. De que ella misma, hasta hacía pocas semanas una madre de familia trabajadora y segura de sí misma, había sido suplantada por un clon madre de tres hijos, de más o menos su misma edad y con idéntica caligrafía al escribir —bonita, circunspecta, algo sesgada hacia atrás—. El que aquella tarde tuviera la casa llena de extraños a los que en realidad no había invitado, no ayudaba.

El ministro estaba por allí, en persona, buscando con cara de pocos amigos el mueble bar. Ellos no tenían mueble bar. Le acompañaba ese doctor de sonrisa poco fiable, el tal Syngman, y una tropa de técnicos, ayudantes y científicos que habían venido a convertir su casa en un circo. Syngman llevaba puesto una especie de casco de obrero, pero lo llevaba en un ángulo arrogante, garboso, con un símbolo del Ministerio de Defensa en un lado.

Ramón miraba a su mujer con cara de no entender nada.

—No, no me mires a mí buscando una explicación, porque en el territorio Raquel no la hay —le soltó, de mala gana—. Ocúpate de que los niños estén bien.

—¡Yupi, mamá, Chao Li ha vuelto, Chao Li ha vuelto! —gritaba entusiasmada Sofé, correteando de un lado a otro. Sus hermanos, aunque no lo exteriorizaban de forma tan manifiesta, también estaban contentos. El genuino mayordomo, el primero que habían conocido en sus vidas, había vuelto al hogar. El modelo nuevo se había retirado discretamente a un segundo plano, sirviendo bebidas a los invitados.

—Sí, hija, ha vuelto… pero solo de visita —se apresuró a matizar—. Volvió porque os echaba de menos. ¿Verdad, señor Kim? —La pregunta estaba cargada de dobles intenciones.

Syngman le sonrió mientras supervisaba lo que estaban haciendo sus técnicos: preparar a Chao Li para que se conectara a la corriente, y reviviera el escenario de sus anteriores cuelgues con la mayor precisión.

—Claro, señora, claro… es solo una visita de cortesía. Nos iremos en cuanto acabe el experimento, lo prometo. —Su voz sonaba como si hablara a través de una caja de galletas saladas.

—¿En qué consiste exactamente ese… «experimento»?

—Es muy fácil: creemos que su robot alcanzó un estado alterado de conciencia informática cuando estuvo aquí. Y eso le llevó a sobrepasar su programación e inventar cosas realmente nuevas, hablando siempre a nivel de programación… Fue un accidente, nada más, pero la ciencia vive de accidentes fortuitos, también.

—O sea, que lo conectamos, esperamos a que le dé un subido y entre en estado de éxtasis, y ya está —dijo ella, con sorna.

—Explicado a un nivel para legos… sí, es simplemente eso.

El ceño fruncido de Raquel se metamorfoseó en una sonrisa un poco escalofriante. El ministro, con una copa de vino en la mano —seguramente de un cartón que habían abierto hacía unos días y que llevaba desde entonces pudriéndose en la nevera, pobres de sus diarreas mañana—, se le acercó. Y le dijo con lo que él creía que era una expresión afable:

—El país agradece sus sacrificios por el bien de la seguridad nacional, señora Casamara.

—Eh… gracias, señor. Si usted lo dice, pues supongo que es un honor.

—Lo es. —Un ronco resuello salió de su garganta. ¿El vino pasado, haciendo ya de las suyas?—. Será generosamente recompensada.

—Eso espero.

—Bien, échense todos hacia atrás, por favor —avisó Syngman—. Dejen un espacio. —La gente se apretó contra la pared de teca del salón. Solo los operarios del domobot se quedaron junto a él, pulsando sus botones. En un momento, Chao Li estuvo conectado con su cable a la pared y esperando su chute de morfina eléctrica. Había algo obsceno en todo aquello, Raquel lo percibía, pero no podía saber si sus hijos eran lo suficientemente mayores para darse cuenta.

—Todo listo, señor —avisó un técnico.

—Bien. Procedan. —Syngman se inmovilizó y su cara experimentó una transformación pavorosa. Sus iris se dilataron hasta cubrir gran parte de las escleróticas. Eran los ojos de alguien que olfatea aguas putrefactas.

Chao Li volvió a la vida con un destello en su cara de cristal. Hubo algo más en su cuerpo, un sutil estremecimiento, pero casi nadie lo notó. Raquel se imaginaba la electricidad trepando a la velocidad de la luz por el cable como un elixir paregórico mezclado con unos cuantos discos de música *punk*, Cherry Bomb[1]. La cara del robot no se contraería en una expresión de rabia simiesca, como el heroinómano que se chuta *fije*, pero empezó a lanzar unos mensajes en forma de pitidos de luz, de bocinazos de arco voltaico. Los técnicos registraron todos los cambios en sus ordenadores y empezaron a analizarlos con ojos fríos, de pez nadando en nembutal.

Raquel tenía cogidas las manos de sus hijos, y notó la de su marido abrazándola por la espalda. Sí, los necesitaba a todos. Estaba asustada. El domobot lanzaba destellos asincrónicos sin parar, fogonazos que convirtieron la habitación en una discoteca pasada de rosca de la era del post-*house*, con una compulsiva línea de bajo y latidos rítmicos. Empezaba a dar algo de miedo incluso a los niños. Sofé y Nicolás se abrazaron a ella con más fuerza. El salón, oscuro salvo por los fogonazos, estaba saturado de actividad galvánica.

De repente, el domobot habló. Con una voz sintética, de emulador de la era de los primeros ordenadores IBM, dijo:

—Familia… familia… Sofé… Mariposas que *volan*… mariposas que *volan*…

La pequeña Sofé, al oír su nombre, puso los ojos como platos y buscó consejo en los de su mamá. Raquel la colocó detrás de su cuerpo, como protegiéndola de aquella bestia mecánica. Syngman la miró, pero ella negó con fuerza con la cabeza, con una energía que dejaba claro que estaba dispuesta a matar al primero que se acercase a su pequeña con aviesas intenciones.

Cuando el robot dijo lo de «mariposas que *volan*», los destellos cambiaron y adoptaron la forma de lepidópteros voladores, la formalidad de sus ruidos representando un seco antagonismo.

—¡Los patrones matemáticos están adoptando la forma de la radiación TK pura! —avisó uno de los técnicos—. ¡Grupos de Mandelbrot con forma de mariposas fractales!

—¡Aumenten la potencia! —ordenó Syngman.

Chao Li empezó a temblar mientras un sonido como a centrifugadora estropeada brotaba de su interior. Era un deleite terrorífico, un barítono grave matizado de seductoras inflexiones. ¡Y qué miedo daba, aquella especie de electrobardo! Parecía haber alcanzado un estatus de espíritu

eléctrico que, admirando su propio reflejo, sobrevolaba las eléctricas aguas. Todos los objetos metálicos que había cerca se imantaron, y los más pequeños —cucharas, marcos para fotos, bolígrafos, clips— salieron volando y se pegaron a la piel del robot. Los estallidos de luz de su cara eran veloces y esquizofrénicos. Sofé soltó un chillido.

—¡¡Mamá!!

—¡Tranquila, estoy aquí! —gritó ella, abrazándola con fuerza. A su lado, Ramón protegía con su cuerpo a los mayores.

De pronto, todo cesó. La luz se extinguió de golpe y porrazo, y se hizo el silencio. El domobot se quedó mirándolos a todos con una flemática nitidez, una especie de benevolencia universal hacia todo lo que existe.

Raquel miró confusa en todas direcciones, más para comprobar que la casa seguía ahí que otra cosa. Sí que estaba. El ministro se había refugiado debajo de la mesa del comedor, de donde salió gateando y mirando a Syngman con furia. Ninguno de los presentes lo supo en aquel momento, pero acababan de inventar una nueva palabra que se popularizaría en el futuro: *quimerizar* (in), que significa crear objetos o entidades que fingen existir pero que no existen. Como la masa de miedo y amenazas que había sido el robot un segundo antes, una masa sólida, ecuménica.

—¿Ya se terminó…? —se atrevió a preguntar Raquel.

Pero no, no había acabado, porque en la cara del robot parpadeaba algo: un mensaje. Unas cuantas letras que los técnicos que tuvieron la valentía de acercarse se dignaron a leerles a los demás. Decía:

```
   SIMULACIÓN MERCÚRICA COMPLETA  MENSAJE ENVIADO  TIEMPO ESTIMADO DE
LLEGADA: 31 HORAS, 11 MINUTOS, 54 SEGUNDOS
```

El último dígito cambiaba una vez por segundo, señalando 53, 52, 51, 50…

—¿Cómo que mensaje enviado? —se enfureció Raquel. ¿Habían puesto aquellos hombres en peligro a su familia para esto?—. ¿Enviado a quién? ¿Qué significa esa cuenta atrás?

Con el rostro tan pálido como un charco de leche, Syngman murmuró:

—A ellos. Ya vienen.

La comitiva de personas que cargaba con cajas y cables y trastos electrónicos salió a toda prisa de la casa de los Casamara. Marcus y la científica, escondidos tras los setos del jardín, los vieron salir y dirigirse a unos grandes camiones que estaban aparcados por fuera. Había policía y unos sanitarios vestidos de rojo. Un hombre mayor que parecía haber

sobrevivido a la peor experiencia de su vida tenía la misma cara que el tipo ese que salía en las noticias, uno de los ministros del Gobierno. No paraba de rascarse furtivamente un acné que le había salido cuarenta años tarde, por el susto.

También rondaba por allí un tipo con una bata blanca que parecía emocionadísimo, aunque igual que asustado que el ministro. Sacudía con fervor las manos de los dueños del chalet, despidiéndose, y se veía cómo sus labios despedían una fina pulverización de saliva a medida que hablaba.

—¡Gracias, gracias! ¡No saben cuánto se lo agradezco, en nombre de la ciencia! ¡Y de la nación!

—Aún no sé lo que ha pasado ahí dentro, pero acuérdese de lo que me prometió —dijo la dueña de la casa—: una vivienda nueva pagada por el Estado, la que nosotros queramos en el barrio que queramos.

—¡Por supuesto que sí! Mañana mismo, nuestros abogados se pondrán en contacto con ustedes para ir formalizando esa gestión. ¡Vayan mirando webs de venta de inmuebles!

Y se marcharon, desapareciendo tan silenciosamente como habían venido. Dejaron a aquella familia sola, intranquila, una familia que había sido testigo de algo importante pero que no sabía qué era. Alrededor de ellos soplaba un viento que silbaba en solitario.

Raquel y su marido cogieron en brazos a los niños y se metieron en casa.

—Es nuestra oportunidad —sugirió Marcus. La mujer asintió. Marga llevaba en las manos el detector de radiación TK, que casi se había fundido cuando se acercaron al chalet.

Se acercaron agachados, como niños jugando al escondite, hasta la ventana que daba al salón. Al fisgar dentro, vieron que aquello parecía un garaje alquilado después de una fiesta de fin de año: los muebles estaban rodados, las sillas tumbadas, la mitad de los adornos decorativos y los libros por el suelo… y en una de las paredes había quedado una mancha negruzca, enorme, que se comía la pintura prácticamente desde el suelo al techo. La familia parecía agotada.

Cuando los niños se fueron a la cama y los padres volvieron al salón, a ver si podían minimizar los efectos del huracán, Marcus y Marga decidieron tocar con suavidad en la puerta.

—¡Ah, no, otra vez no! —oyeron que gritaba la mujer, llena de cólera, al otro lado. Y unos pasos que se acercaban como un ejército en carga—. ¡Ya está bien por un día! ¡Óigame bien, señor Syngman, yo…!

Raquel se quedó muda cuando abrió la puerta y se encontró con los rostros sonrientes de Marcus y su compañera. Parecían embebidos en la paz circundante, la que abarcaba ahora toda su propiedad. Pero aquellos rostros que no conocía de nada, plantados allí, sin justificación alguna… estaban cortocircuitando su cerebro.

—¿Es usted la dueña de esta casa? —le preguntó Marga, que aún sostenía el analizador.

—¿Quiénes son ustedes?

—Mire… sé que esta ha sido la quintaesencia de la tarde imperfecta. Y que la noche puede ser más rara aún, pero tenemos que hablar un segundo con ustedes. Es muy urgente.

Raquel miró al cielo, buscando el apoyo de los dioses, y se dispuso a cerrarle la puerta en las narices. Estaba a-go-ta-da, silábica y morfológicamente, y no tenía fuerzas para soportar más payasadas.

Pero entonces vio que aquella mujer apuntaba a su casa con un extraño aparatejo que parecía un contador Geiger estrafalario, y que este emitía un pitido. Estaba captando algo, una especie de residuo energético. Y por el ruido y la intensidad de la señal, parecía potente.

—¡Esos cabrones nos han contaminado la casa! —exclamó Ramón, indignado.

—No… Bueno, sí, la verdad es que sí —tuvo que admitir Marga—. Pero no es una radiación letal para los seres humanos, tranquilos. Sé que es mucho pedir, y que a esta hora ya deben de estar hartos de conocer gente nueva y de oír teorías absurdas, pero ¿nos deja que nos presentemos y lo hablamos junto a una taza de café? Creo que podemos contarle todo lo que esos tipos de batas blancas seguramente no les habrán contado.

10. ANILLOS DE URANO

La actividad en el laboratorio de Syngman II Kim era febril. El ministro estaba con él, todavía con un sudor frío manchándole las axilas y el cuello alto de la camisa, pero no podía marcharse a casa. No, ahora que después de años y años de inactividad estaban pasando por fin cosas importantes en el «caso Susu».

—Doctor, explíquemelo como si yo fuera un lego en la materia —le pidió—. ¿Qué hemos visto hoy en casa de la arquitecta?

Si le quita el «como si yo fuera un lego» a esa frase, se la compro, pensó Syngman.

—Las sospechas que mis colegas y yo teníamos sobre el sujeto A01 eran ciertas: es telépata, o mejor dicho, tecnópata. Puede comunicarse mentalmente con máquinas, pero no con cualquiera, sino solo con aquellas con las que se enlace a través de la vía de la radiación TK. —Mientras le explicaba su teoría, el ministro la escuchaba con una expresión cada vez más incrédula—. El domobot de los Casamara, de algún modo, encontró la manera de fusionarse con esta radiación imitando lo que hacen los colgados del trank: alcanzando un estado distinto de conciencia mediante la saturación eléctrica de sus circuitos.

—Pero… no lo entiendo. ¿Cómo un robot con afición por la sobrecarga pudo pasar de la electricidad simple a la radicación TK?

—¡Eso es lo mágico! Verá, señor ministro, las mentes (cualquiera, la suya, la mía, la de un mayordomo mecánico…) no son más que nubes de electromagnetismo inducido o bien por química, como en el caso de los humanos, o bien por chips de silicio. Esas nubes están, por decirlo así, sintonizadas con una longitud de onda específica que las hace funcionar. Pero pueden adaptarse para percibir otras longitudes distintas si se saturan de energía. Eso es lo que le pasó al domobot: al convertirse en un yonqui, su cerebro cambió y fue capaz de sintonizar la onda pura del trank. Y así fue como lo encontró nuestro querido Susu, explorando a distancia desde su confortable celda.

El ministro parpadeó.

—Increíble… O sea, que se puso en contacto con él, y…

—Y lo convirtió en su esclavo —dijo el señor Sejong, entrando en la sala. Syngman se puso firme al verlo—. O, mejor dicho, en su antena parabólica. ¿Estoy en lo cierto, señor Kim?

Este asintió, nervioso.

—Sí, es justo eso: el sujeto A01, gracias a nuestra maniobra de colocar al domobot de los Casamara en su entorno ideal, enlazó su mente con él y lo usó para enviar un mensaje muy, muy lejos. Hacia el espacio.

—¿Y por qué no hacia las naves de sus compatriotas que todavía están posadas aquí, en la Tierra?

—Eso no lo sabemos… pero tal vez él mismo nos lo aclare, ahora que parece más propenso a comunicarse.

—¿Hacia dónde se dirigía esa señal? —preguntó el ministro, estrechando la mano del señor Sejong con cierta familiaridad. Se notaba que ambos se conocían por haber frecuentado los mismos círculos.

El doctor señaló hacia el techo de la habitación, pero estaba claro que

se refería a algo que estaba mucho más allá.

—Arriba. Lejos. He… he dado el aviso al mando estratégico de control espacial de Miryang para que rastree la señal. Creo que en breve tendremos más datos.

—¿A qué se refería el mensaje del robot con aquello de «tiempo estimado de llegada, 31 horas»? ¿A que el mensaje tardaría treinta horas en alcanzar su destino?

—No —respondió Syngman. Parecía tétricamente sereno—. Creo que se refería a lo que iban a tardar ellos… en llegar aquí, después de recibirlo…

Sejong y el ministro intercambiaron una mirada fría.

—¿Qué ellos?

No hizo falta responder. En ese momento, sonó un aviso en la terminal principal y el servicio de seguridad los enlazó vía teleconferencia con lo que estaba pasando en tiempo real en el ARI, el instituto para la investigación aeronáutica y espacial coreano. Una ventana se abrió en la pantalla y vieron un montón de técnicos y de militares apelotonados frente a sus monitores, observando con cara de pasmo lo que estaban captando los radiotelescopios.

Al parecer, un objeto de enorme masa había sido localizado en la órbita de Urano en una trayectoria que, según les contaron los astrofísicos sobre la marcha, lo llevaría a coincidir con el planeta Tierra. A su ordenador llegó una imagen tomada por el telescopio de una sonda que había sido lanzada hacia el borde del Sistema Solar por los japoneses veinte años atrás, y que estaba lo suficientemente cerca de Urano como para poder fotografiarlo.

La imagen estaba en falso color, y muy granulada, pero pudieron distinguir el borde de una esfera asomando por la derecha —«eso es el planeta Urano», les aclaró Syngman—, con lo que parecía una carretera circular totalmente negra por detrás. En primer plano, aunque diminuto, un punto blanco brillante.

—¿Qué estamos viendo? —preguntó el ministro.

—Esa especie de carretera que se ve de fondo son los trece anillos de Urano —aclaró el doctor, hablando por un canal secundario con los astrofísicos para que le solventaran las dudas.

—Creía que solo Saturno tenía anillos…

—Eso es un error muy común, ministro. En realidad, también Júpiter y

Urano los tienen. Lo que pasa es que, debido a la increíble distancia a la que se encuentran del sol, los de este último son completamente negros. No les llega ninguna fuente de luz.

El señor Sejong apuntó con un dedo al píxel blanco de la pantalla, el que estaba frente a los anillos.

—¿Y eso qué es?

—Eso —sonrió Kim— son ellos.

Dos archivos más se descargaron de la central del ATI, unas imágenes que los dejaron desconcertados: la primera estaba casi completamente en blanco, como cuando una persona apunta al sol con una cámara de fotos y abre el obturador. Era una imagen saturada, radial, que solo dejaba ver estática. La segunda foto ya era en falso color otra vez, y mostraba un cuadro impactante: el punto blanco ya no estaba en la imagen, como si se hubiera evaporado. Y los anillos que tenía por detrás parecían haber sido barridos por una escoba o soplados por los pulmones de un gigante, porque se veían difuminados hacia atrás. Polvo lanzado hacia el espacio profundo por un vendaval.

La reacción de los astrónomos del ATI ante estas imágenes fue como si alguien les hubiese dicho a todos y cada uno de ellos que habían ganado la Lotería Nacional, con el máximo premio. Estaban eufóricos, fuera de sí. Fuegos de artificio emocionales por doquier. El señor Sejong y el ministro tuvieron que esperar unos minutos a que se calmara la cosa y Syngman pudiera pedir explicaciones, para averiguar qué diantre había pasado.

Syngman se frotó las sienes: su jaqueca palpitaba en oleadas bajas, lentas, pero logró resumirles lo que habían dicho los científicos.

—Es increíble. Lo que acabamos de ver es lo que en el mundillo aeroespacial llaman un ingenio de propulsión nuclear. Es un motor que expulsa una cantidad increíble de energía, equivalente a la de una explosión atómica, para impulsarse hacia delante. Por eso ya no vemos la nave de los Vahn: ha salido disparada del cuadro, supuestamente en dirección a la Tierra. Y por eso los anillos de Urano se han difuminado: la tremenda potencia del impulsor lo barrió como quien sopla una montañita de arena.

Sejong y el ministro tragaron saliva. Sus nueces se movieron a la vez, sincronizadas.

—Entonces… ¿el mensaje del robot se refería a eso, a que faltan solo treinta horas para que…?

—Sí —asintió Kim, mirando a Susu a través del ventanal. El extraterrestre parecía nervioso, no paraba de moverse—. Para que lleguen

los Vahn. Los de su mundo de origen, sus rescatadores. Abróchense los cinturones, porque la hipótesis de Cuernavaca está a punto de hacerse realidad.

Raquel y su marido escucharon la explicación de Marga hasta el final, sin hacer la menor pregunta. Un montón de conceptos peligrosos salpicaron aquel discurso: teórico-terroristas, robots yonquis, posibilidad de que toda la humanidad y también todas sus máquinas se engancharan al potencial energético del trank, lo que llamaban energía TK… Y ellos solo tenían cabeza para preguntarse cómo podían mantener alejados a sus hijos de todo aquello.

—¿Y para qué habéis venido a nuestra casa? —preguntó Ramón.

—Mi aparato detectó el mayor vórtice de energía TK de la historia emanando de este lugar, y siendo canalizado en un rayo hacia el cielo. Creo que es una llamada —elucubró Marga. Curiosamente, como tanto ella como sus anfitriones era españoles, se pasó inconscientemente a usar este idioma, y luego tuvieron que traducírselo todo a Marcus.

—¿Y qué quieren de nosotros? No tenemos la culpa de nada en lo que ha pasado…

—Ya lo sabemos, señor Casamara… Lo único que les pido es que me cuenten quiénes eran esas personas y qué estaban haciendo aquí, para yo poder encajar las piezas del puzle que me faltan —le suplicó la científica—. Luego, nos iremos. Y les dejaremos en paz, prometido.

Ante semejante promesa, el matrimonio accedió a contárselo todo, todos los hechos ocurridos en aquella casa desde el nefasto día en que el maldito domobot había entrado en sus vidas. Un centenar de imágenes espeluznantes desfilaron por delante de ellos como un doble mazo de naipes. Cuando llegaron a la parte de lo que había sucedido esa noche, a Marga ya le salían chiribitas por los ojos, del entusiasmo.

—¡Es lo más increíble que he oído nunca! ¿Volvieron a llevarse a Chao Li?

—Claro, no iban a dejarlo aquí. Yo lo habría tirado a la basura sobre la marcha.

—Tenemos que ir a la prensa —sugirió Marcus—. Denunciar lo que ha estado haciendo el Gobierno, antes de que pasen a la siguiente fase. Yo sé lo que es estar enganchado a una droga dura; no me gustaría vivir en un planeta donde todos sus habitantes lo estén, niños incluidos.

—Sería inútil —dijo Marga—. No tenemos pruebas de nada, a menos que exhumemos algo contra ellos del pasado… y ni siquiera yo puedo

demostrar que a la doctora Akane la mataran por sus teorías científicas. Además, si lo que creo que va a ocurrir ahora es cierto… dentro de treinta horas ya nada importará.

—¿Por qué?

Marga sonrió.

El sonido del cristal roto y del canasto rodando por el suelo los asustó a todos. Un objeto había entrado en el salón atravesando la ventana, había chocado contra la pared, rompiendo uno de los diplomas enmarcados de la arquitecta, y ahora rodaba locamente expulsando humo sobre la alfombra. Era una nube densa y amarilla que brotaba de aquel objeto como una columna de humo del cráter de un volcán: con intensidad y fiereza.

—¡Dios mío! —gritó Raquel, tapándose la nariz, pero ya era tarde: aquel gas narcótico cogió su voluntad y la doblegó a base de amontonar mil mantas sobre ella: edredones de sueño, de pesadez, de un sopor químico contra el que era imposible luchar. Marga gritaba algo inconexo de fondo, tipo «¡Noviembre Negro, nos han encontrado!», o algo así… A medida que iba viendo caer al resto de los adultos a su alrededor, todos tosiendo y llevándose las manos a la garganta, las últimas palabras de la arquitecta fueron para sus hijos—: ¡Piedad, por favor! ¡Los niños no… los niños… no…!

El mundo se cerró frente a ella con un embudo negro, como los que marcaban el final de las películas de Charlie Chaplin. Incluso le pareció ver formarse un THE END en letras plateadas, flotando en medio de aquel caos.

[1] Grupo *punk* de los ochenta cuyo emblema incluía la efigie de un cantante con forma de pato emplumado blanco que tocaba la guitarra.

Todo está lleno de trank: Capítulo 11

Víctor Conde

11. LOS VAHN

 **ESPAÑA**

La oscuridad primero se transformó en neblina, y después se fue definiendo poco a poco. Los contornos adquirieron definición, los colores nitidez… y al final, Marcus pudo por fin abrir los ojos.

No sabía dónde estaba, pero delante de él, a pocos metros, había un monstruo.

Marcus se espabiló de golpe al verlo. La imagen de aquella cosa horrible alzándose ante él como un gigante era capaz de matar a alguien que estuviera vivo, o de resucitar a alguien medio muerto.

Retrocedió por instinto, alejándose del monstruo, hasta que su espalda se topó con el insoslayable argumento de una pared. Estaba encerrado, en una sala sin salidas aparentes, solo una especie de trampilla en el techo… que ahora estaba cerrada. La cosa, el ser monstruoso, no se movía: se limitaba a estar allí parado, elevándose en toda su horrible majestad, rezumando líquidos babosos y de olor cáustico por la piel.

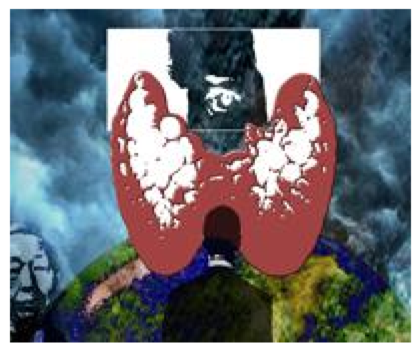


Ilustración: Pedro Bel

Atenazado por el miedo, el hombre miró en todas direcciones buscando si no una salida, al menos sí una explicación. Pero lo único que encontró fue un ventanal transparente, y la sonriente cara del doctor Syngman II Kim al otro lado, mirándolo.

—¿D… dónde estoy? ¡Socorro, sáquenme de aquí! —suplicó. Él no sabía por qué, pero el olor que desprendía aquella criatura tenía la virtud de

relajarle; era como una buena noticia para su organismo, aunque no era capaz de explicar por qué.

Syngman cogió un micrófono y habló. Su voz reverberó en los altavoces.

—Tranquilo, señor mío, no se precipite. Corre el riesgo de ofender a nuestra mascota, ese maravilloso Vahn al que llamamos Susu. Me temo que tendrá que perdonarle, sus habilidades sociales no están muy desarrolladas. Pero si usted le rasca detrás del tercer pseudocele anterior, seguro que le encanta y se hace amigo suyo.

—¿Quién es usted? ¡Sáqueme de aquí, por el amor de Dios! —Miraba frenético a cada esquina de la habitación, pero no parecía haber forma de escapar, salvo a través de aquella trampilla. Y, que Dios le ayudara… ¿acaso todas esas manchas rojizas del suelo y las paredes no parecían rastros de sangre seca?

—Tch, tch, tch, no me sea impaciente, Marcus. Concéntrese en lo que le transmiten sus sentidos: ¿no lo huele? ¿Su cuerpo no se siente bien y en paz con ese exquisito perfume?

Marcus lo miró con una inquieta expresión defensiva. Sí, tenía razón, aquel olor… tenía una propiedad balsámica, la de relajar su musculatura en tensión. Tras unos segundos, entendió el porqué: era olor a linfa extraterrestre pura. A raíz de trank sin refinar. En las últimas veinticuatro horas, desde que su encuentro con Marga arruinara su reposado chute de la anterior tarde, el gramito aquel que tangas ganas tenía de meterse había desaparecido, y el mono empezaba a dejar sentir su cruel firma en su organismo.

Pero estando tan cerca de aquella criatura… solo el hedor que desprendía ya equivalía a trank en estado diluido, cortado con oxígeno. Le hacía sentirse bien.

—Trank… —murmuró—. ¿¡Esta cosa es un Vahn!?

Syngman lo miró como analizando sus reacciones, y el silencio volvió a interponerse entre ellos con un impacto casi audible.

Marcus se acercó a la ventana y vio que la habitación del otro lado estaba llena de gente: estaba el ministro, un ejecutivo viejo con pinta de director de *zaibatsu*[1], el propio Syngman… y la familia Casamara al completo, junto con su «amiga» Marga. Estos últimos estaban atados a unas sillas, incluso los niños, que aún continuaban dormidos. Pero todos los adultos se habían recuperado ya, y se les notaba el espanto en las caras. El terror por no saber lo que estaba pasando. Raquel lo miraba fijamente, a él,

a Marcus, como si indirectamente tuviera la culpa de todo aquel desastre.

Las últimas imágenes de la noche anterior —¿o todavía seguían estando en la misma, había pasado una hora o un mes?— estallaron en su mente como palomitas de maíz: la granada de gas narcótico, los gritos, los fútiles intentos de fuga. Luego, la inconsciencia. Y el recuerdo de la voz de Marga que gritaba…

—…Noviembre Negro, nos han encontrado… ¡Nos encontraron! —le gritó a Kim—. ¡Los terroristas!

La sonrisa de Syngman tembló en la comisura de su boca. Era como si hubiese leído su mente.

—Sí, les encontraron, y les trajeron aquí. Oh, ¿tan raro le parece? En tiempos desesperados es cuando se forjan las más extrañas alianzas. Sí, Noviembre Negro trabaja para nosotros, de ahí que usemos la nomenclatura NN3 para ellos… ¿Sabe? Íbamos a dejar en paz a esta estupenda familia después de irnos. —Miró a los padres y a sus hijos como si estuviese examinando especímenes de circo—. Pero tuvieron que llegar ustedes, y meterse donde no les llamaban, y hablar con ellos y empezar a contarles cosas… Qué lástima.

Marcus se arrastró pared arriba, impulsándose con los pies, hasta ponerse en pie. No dejaba de mirar al monstruo, aunque este parecía no hacerle ni caso. Era una masa de carne asquerosa que no paraba de contraerse y expandirse y de emitir ruiditos atemorizantes, con el único propósito aparente de demostrar que estaba vivo, y que no era un efecto especial de película que aguardara allí a que sus marionetistas lo movieran.

—Es… eso… ¿es un Vahn?

—Sí, es nuestro querido huésped, Susukkekki —asintió el doctor—. Creo que sus compañeros del espacio profundo están a punto de hacernos una visita, en plan a toda la humanidad… Este que ves aquí es el culpable de haber levantado la liebre y haberlos llamado. Por qué no lo hicieron antes sus hermanos de las naves estrelladas… es lo que quiero averiguar.

—¿Y yo qué coño tengo que ver en esto?

—Mucho, señor Marcus, mucho. Y el problema es que se nos acaba el tiempo. —Syngman se apoyó indolente contra el cristal, micrófono en mano. Tenía un aire como de médico de los campos de concentración nazis, de esos de «te voy a inyectar un *shock* líquido de vitaminas y o lo aguantas o revientas»—. Hay que ver cómo puede cambiar el significado de una palabra solo con mover de sitio dos letras, ¿eh? Hace unos días quería escribir «micrófono» en un memorándum y en su lugar escribí

«mircófono», que viene a ser lo mismo pero solo para hablar con hormigas. En fin. —Alguien que Marcus no veía debió de haberle lanzado una mirada de apremio, porque se concentró y fue al grano—: Señor, debe ayudarnos.

—¿Yo? Ni hablar, ¡sáquenme de aquí, cabrones!

—Sé que ayudar a sus secuestradores es algo que desechará con su peculiar variedad de terco pragmatismo *oegug*[2], pero escuche, es muy importante: el enlace tecnopático entre Susukkekki y el domobot de los Casamara sigue activo, solo que a un nivel muy… cuál sería la palabra correcta… —Chasqueó los dedos—. ¡Muy onírico! Necesitamos que alguien con su… ejem, «experiencia» con la droga destilada de la linfa alienígena se conecte a ese canal telepático, y nos diga cosas sobre los Vahn: con qué intenciones vienen, qué harán con nuestro planeta una vez lleguen… nimiedades así. Puede que algo tan irrisorio como la supervivencia de la especie humana esté en juego.

Si Marcus hubiese abierto solo un poquito más los ojos del asombro, los globos oculares le habrían saltado fuera como dos pelotas blandas. ¿En serio le estaba pidiendo aquel hombre que se… se enchufara al cuelgue TK del monstruo, y que usara la droga como conector telepático? ¡Pero por Dios, ¿es que todo el puto mundo se había vuelto loco?!

—¡No! ¡Está loco! —Aporreó la cristalera—. ¡Déjeme salir *ya*!

Las cejas salpicadas de blanco del doctor se fruncieron lentamente mientras chasqueaba los dedos y alguien le pasaba una pistola.

—Me temo que sus deseos, ahora mismo, no son algo a tener en cuenta —dijo con auténtica tristeza, y apuntó a la cabeza de la pequeña Sofé, que seguía dormida. Marcus oyó, también por el micrófono, cómo sus padres chillaban de pánico al fondo—. No me considero a mí mismo un monstruo, pero entiéndalo: hay demasiado en juego. Los Vahn se acercan con una tecnología que está a años luz de la nuestra e intenciones desconocidas. Las Naciones Unidas están que trinan y, por si acaso, están redactando un plan de defensa global. Solo para el caso de que sean hostiles. Pero hay un modo de saberlo por anticipado y no tener que esperar al último minuto, cuando ya podría ser tarde. —Syngman apuntó con el micro a la asquerosa secreción sobre la cual estaba sentado el monstruo, el residuo de sus glándulas linfáticas. Era un líquido plateado, grumoso, capaz de hacer vomitar a una cabra… pero de ahí provenía el hedor a trank puro, no cabía la menor duda. Marcus lo miró con pavor—. Es el destino de la humanidad lo que nos estamos jugando a un solo chute, señor. Y no me diga que se va a poner ahora con remilgos, usted, todo un especialista fisiológico en materia de Trank… Si no obedece, me temo que voy a tener

que pasar a mayores. —Cargó el percutor del arma. Más chillidos desesperados, súplicas y llantos se oyeron de fondo. Los padres de la niña estaban al borde mismo del infarto. Syngman acercó un milímetro más el cañón a la cabeza de la chiquilla y lo apoyó contra la piel. Sofé simplemente hizo un gesto gracioso con la boca, como si alguien le estuviese ofreciendo en un sueño un helado de un sabor que no le gustaba.

—¡No, no, alto! —gritó—. ¡Está bien, maldito loco, lo haré! ¿Quiere que me trague esa asquerosidad? ¡Estupendo, *fije* gratis! ¿Y luego, qué?

—¡Bien! No sabe cómo se lo agradecemos, todos los que estamos en esta habitación. —Apuntó hacia otra parte, al techo, pero no soltó la pistola —. No sabemos qué pasará, nadie lo sabe. Si sobrevive a la «conexión», lo único que le pedimos es que tenga el viaje lisérgico de su vida, y que, si ve a los Vahn, les diga que no queremos hacerles daño. Que somos amigos.

A Marcus todo aquello le daba ganas de reír, pero con una risa histérica, como la de un Moisés mirando con cara de estar en las últimas una montaña de tablas de la ley que Dios no ha conseguido resumir por debajo del millón de palabras, y que le pide que baje él solo de la puta montaña. «Joder, Yahveh, cabronazo, ¿no podrías hacerme la versión *reader's digest* de esto y esquematizármelo en diez líneas?».

Miró los rostros de los prisioneros a través del cristal: el de los pobres padres, que solo querían acabar con aquella pesadilla. El de los niños inocentes, dormidos, sin saber que estaban en un cubil de monstruos —y en ese momento no se estaba refiriendo a Susu—. Y el de Marga, la científica que en el fondo tenía la culpa de que él estuviese metido en aquel lío, que lo miraba, suplicante. Por favor, decían sus ojos: sé que esto ni te va ni te viene, pero la mayoría de los héroes de la historia nacieron así. Estando en el peor momento en el peor lugar imaginable, y haciendo cosas que ni les iban ni les venían.

Marcus apretó los puños, y recogió del suelo, con la mano formando un cuenco, un poco de linfa.

Esto acaba de salir del culo de ese bicho. Y está sin cortar, tembló. *Dios, voy a morir de la mayor sobredosis de la historia*.

Entonces se acordó de la pequeña Sofé, y todo fue más fácil. Si alguien debía morir allí, mejor un gordo cabrón desactivador de metáforas sin futuro que una pobre niña inocente.

Cerró los ojos y se tragó aquel líquido, que resbaló por su garganta como algo no clasificable dentro de ninguno de los Reinos naturales que él conocía: ni el animal, ni el vegetal ni el mineral. No era nada de eso, sino una alocada y esquizoide mezcla de los tres, con una cuarta clasificación

innombrable esperando al fondo.

Pasó un minuto entero. Todos lo miraban expectantes. Nada ocurrió.

—¿Nota algo, señor Marcus? —preguntó el doctor, ansioso.

—Pues… la verdad es que, aparte de una profunda sensación de estar haciendo el gilipollas, ahora mismo no hay nada que…

Unos flashes de luz le descerrajaron una andanada de fogonazos a quemarropa que lo hicieron trastabillar. Alguien volcó un cubo de cristales rotos de colores en su cabeza, llenando de aristas y bordes cortantes cada sinapsis. La realidad se alejó confundiéndose en un guiso ininteligible de voces humanas. Marcus se clavó los dedos en el cráneo y cayó de rodillas, soltando un alarido.

Pasaron unos minutos en los que cualquier cosa ocurrida dentro de aquella habitación pareció suceder en una trastienda, en la tramoya de los cerebros conectados de Marcus y del alienígena. Syngman los veía a los dos atacados por una especie de calambre, sus cuerpos tensos, como si las cuerdas que tiraban de ellos se hubieran tensado hasta el punto de ruptura. Syngman y sus jefes se mordían las uñas de la tensión.

¿Qué estaría pasando? ¿Qué maravillas —u horrores— estaría viendo aquel hombre que se había convertido, sin quererlo, en embajador lisérgico de toda la humanidad?

De repente, el cuerpo de Marcus se desplomó, inerte. Todos pensaron que había muerto, y, en cierto modo, así fue. Susu emitió un nuevo chorro de neutrinos-TK hacia el cielo, y también se desplomó.

Los Vahn habían enviado solamente una nave, no una flota. ¡Pero qué nave! Era un objeto monstruoso del tamaño de una de las grandes ciudades de la Tierra, que entró en la atmósfera con la tranquilidad del cetáceo que se aproxima a mares tranquilos sabiendo que no entrañan ningún peligro para él. Si cogiésemos un enorme bidón de gasolina, lo achatásemos por los extremos y en la parte plana delantera colocásemos un par de edificios —en plan Torres Gemelas— y los añadiéramos al conjunto, tendríamos una ligera idea de a qué se parecía la colosal nave de los extraterrestres. Todo ello pintado de un verde suave y blanco y puntuado con una miríada de diminutas ventanitas brillantes.

Cuando semejante artefacto entró en la atmósfera terrestre, se fueron oyendo una serie de *Oooooohhh* masivos que provenían de los países cuya sombra iba sobrevolando. En Brasilia se oyó un ooohhh carioco, en Nueva York un ooooohhhh compungido, en Sevilla un oooohhhhh trivial, en Novosibirsk un oooooohhhhhh muy frío. Cada población que la vio pasar

creyó que ellos eran los amenazados, o los elegidos, los que disfrutarían o sufrirían el contacto con aquel artefacto. Pero no, todos se equivocaron. La nave fue a detenerse sobre la Micronesia.

Los científicos del ATI, igual que los de la ESA y la NASA y el resto de las agencias aeroespaciales del mundo, estaban como locos. No cesaban de mandar mensajes en la frecuencia de vibración de la energía TK suplicándoles una respuesta: por qué estaban aquí, para qué habían venido. El «agente infiltrado» Marcus nunca regresó de tu *tripi* final al universo alienígena, por lo que tanto Syngman como sus jefes se quedaron con un palmo de narices, sin poder interrogarlo. Peor fue la cosa cuando su valioso extraterrestre en cautividad, Susukkekki, se desintegró ante sus atónitos ojos, nunca supieron si por un proceso autodestructivo o por algún escape de última hora vía teleportación. Ese era un truco de los antiguos seriales de ciencia ficción que nunca les habían visto usar a los Vahn, por lo que aquella sería la primera noticia de que disponían de esa tecnología.

Lo que poca gente supo, salvo yo y en última instancia los Casamara —pero a largo plazo, no inmediatamente—, es que el viaje de Marcus por el trankiverso no fue en vano. Desde luego, no lo fue para él, que enlazó para siempre su conciencia con la mente miriapódica de los Vahn y se convirtió en uno de ellos. Así, Marcus trascendió su condición de ser humano y se convirtió en un ascua de luz, en una entidad pensante en continuo viaje por ese cosmos que no tenía límites, un turista accidental de los maravillosos espacios siderales… Qué cursi suena decirlo así, con estas palabras, pero es que es la verdad. Y la verdad hay que decirla con todas las letras, pues es mejor que nos llegue desnuda que disfrazada de otra cosa. Aunque nos duela.

¿Y yo? Bueno, como entidad antiguamente conocida como Chao Li, un amable mayordomo programado para hacer las delicias de la familia que me comprase, disfruté de una vida larga y feliz. Mis amos fueron liberados por los malvados secuaces de Syngman y se fueron a vivir a Europa, pues la ciudad de Seúl ya no era segura para ellos. Yo no les dije que una parte de la mente de Marcus y del Vahn que conoció al otro lado se había quedado grabada en mi memoria, pues ambos me habían usado sin saberlo como caché de seguridad en lo que duró su viaje místico. Esa fusión de mentes provocó una reacción con mi cerebro electrónico de la que no fui consciente de inmediato, pero que a la larga me convirtió en la primera IA con noción de sí misma de la historia. Y aquí estoy, diez años después, contando esta historia para la posteridad. Sí, todavía me sigo enchufando de más a las tomas de corriente. Pero procuro hacerlo cuando nadie me ve.

La experiencia en Seúl acabó siendo muy mala para los Casamara,

pero se recuperaron. No hay como cambiar de aires para que los malos recuerdos se ventilen y la luz del sol vuelva a calentar las zonas frías de nuestra memoria. Así lo entendieron ellos y, tras pasar varios años viviendo en la Costa del Sol, se dieron cuenta con felicidad de que a los niños no les habían quedado secuelas de aquellos nefastos hechos —en el fondo habían estado dormidos casi todo el tiempo, así que no podían recordar nada—, y los adultos aprendieron a relegar los recuerdos que les hacían despertarse con un sudor frío a medianoche a la trastienda de la mente. Allá donde seguían matizando sus vidas, pero ya no hacían daño.

Con el tiempo, los reuní en el salón de la casa y les confesé mi evolución a un estado más avanzado de la existencia del que tenía antes, con capacidad para contar historias y hacerlas interesantes. Supongo que esa es la principal facultad que distingue a los seres evolucionados, y no la de resolver más ecuaciones matemáticas en menos tiempo. A partir de ese momento me aceptaron como uno más en la familia, aunque no descuidé en ningún instante mis obligaciones. Al fin y al cabo, todos tenemos un papel que cumplir en este mundo, y el mío era el de mayordomo. Por supuesto que trascendí esa condición e hice más cosas a lo largo de mi vida útil —de mi faceta como escultor de éxito hablaremos otro día—, pero siempre me alegré de ser fiel y servir a mi nueva familia.

¿Y qué pasó con los Vahn? Bueno, ese asunto merece un epílogo aparte, solo para él… pero trataré de resumirlo en pocas líneas.

Como dije antes, su nave de contacto se había quedado inmóvil sobre la Micronesia, que era donde estaban posadas las naves del anterior primer contacto. Con alguna especie de rayo tractor o de tecnología indescriptible, fueron recogiéndolas una a una y metiéndolas dentro de su colosal panza. Al final no quedó ni rastro de que una vez hubo presencia alienígena en esos paradisíacos archipiélagos. De hecho, nos hicieron un favor a los habitantes de la Tierra y limpiaron de paso toda la mugre y la suciedad y los residuos radiactivos con los que habíamos ensuciado sistemáticamente esa parte del mundo, y la devolvieron a una versión de sí misma de diez o veinte mil años atrás. Limpia y pura, sin contaminación. ¡Cuánto desearon los líderes de nuestro planeta que, antes de irse, hubiesen hecho lo mismo con todo lo demás!

Huelga decir que los humanos no les atacaron con sus misiles nucleares. Creo que tuvieron miedo de la respuesta. La nave Vahn pudo haber sido solo un contenedor, una especie de camión vacío que necesitaba ser así de inmenso para llevarse el resto de la flota en su interior… pero al verlo por primera vez, con esa pinta tan masiva y tan amenazadora… ningún presidente ordenó abrir fuego. Ningún general aterrorizado apretó el

botón rojo. Mejor. Creo que la respuesta de los visitantes podría haber sido realmente nefasta.

Todo este proceso de recogida de los suyos y de limpieza del terreno lo realizaron en un completo silencio de radio. No se molestaron en responder a ninguno de los mensajes de paz que les enviaron, ni dieron muestras de estar mínimamente interesados en establecer un diálogo con la especie humana. ¿Todo quedaría en eso, al final, en una triste recogida silenciosa de su gente y un marcharse de regreso al espacio profundo sin decir ni siquiera «hola»? Bueno, habría sido una auténtica decepción, de eso no cabe duda. Sobre todo porque la humanidad llevaba esperando algo como aquello desde hacía milenios. El final de tan preconizada aventura no podía consistir en semejante anticlímax.

Pero sí que hubo un contacto. Justo al final, antes de desaparecer con un estallido de luz cuántica vete a saber a dónde. Desesperados, los líderes terráqueos, que ya no sabían qué más hacer, suplicaron una última vez que les respondiesen a sus llamadas. E incluso los insultaron un poquito, a ver si así conseguían una reacción, diciéndoles que, después de haberles dejado probar los placeres de la linfa alienígena, no tenían derecho a marcharse así, sin más, y dejar a los adictos de medio mundo sin su chute reglamentario y sus vuelos por paraísos oníricos.

Eso, curiosamente, sí que provocó una reacción en los Vahn. Justo antes de irse, abrieron un canal y dijeron en todas las lenguas del planeta:

«Estimados habitantes de Sol 3, lamentamos profundamente los inconvenientes que hayan podido causarles nuestros fugitivos. Se escaparon hace muchas traslaciones de su planeta del centro donde los habíamos ingresado para su cura, y encontraron su mundo por casualidad. Lo usaron como escondite para evitar que los descubriésemos, hasta que uno recuperó momentáneamente la cordura ayudado por uno de los suyos, un tal Marcus, y nos llamó. Esos dos especímenes, el tal Marcus y aquel al que vosotros llamasteis Susukkekki, serán generosamente recompensados por ello. Lamentamos muchísimo que nuestros locos, después de haberse escapado de lo que vosotros llamaríais «manicomio», aterrizaran entre vosotros y os hicieran daño. La energía TK no fue diseñada para ser libada por ningún organismo vivo, no tiene esa función, y nos extraña que no les haya producido una fuerte reacción alérgica. Las partículas elementales son amalgamas del peso de la luz; esta energía, aparentemente infinita, se reparte usando las ecuaciones diferenciales como canales de masa, y aunque puede adoptar forma química, su objetivo final no es elevar vuestros cerebros hasta estados excitados de la percepción. Por fortuna, todo está arreglado. La linfa ya no causará más daños mentales. Los locos han vuelto

al manicomio.

»Ahora nos marchamos, y nos tememos que ya nunca más volveremos a esta región de la galaxia, donde están ustedes. No nos guarden rencor; simplemente, preferimos evitar ulteriores contactos con una raza capaz de esnifar la energía que impulsa nuestras máquinas y encontrar agradable la experiencia. Tenemos miedo de lo que podría salir de ahí, de las consecuencias a largo plazo (para nosotros) de semejante contacto. De la mezcla de nuestras civilizaciones. No deseamos ser amigos de una raza de adictos.

»Por lo tanto, adiós. Esto es una despedida. Vivid tranquilos en vuestra parcela del universo, y si algún día desarrolláis una tecnología para el viaje más rápido que la luz, puede que volvamos a encontrarnos. Aunque, sinceramente, esperamos que eso jamás suceda. Lo evitaremos con todos los medios a nuestro alcance. Salud».

Semejante mensaje dejó no solo fríos, sino congelados, a los dirigentes de la Tierra. Y también a todos los científicos, y a los líderes religiosos, y a los filósofos y entretenedores y artistas, y a todos aquellos con un mínimo de sensibilidad para apreciar lo que estaba ocurriendo. Más de un cínico soltó una larga y sincera carcajada, pero en general la gente no tenía ganas de reír. El famoso primer contacto entre la humanidad y una especie inteligente foránea había tenido lugar, tras siglos y siglos de espera… y el resultado fue que no nos habían encontrado dignos, sino más bien peligrosos. Los Vahn acababan de decirnos que éramos una raza débil de yonquis de mierda —ese era el mensaje de fondo, convenientemente suavizado—, incapaces de distinguir entre un Vahn cuerdo y uno loco, y que preferían no venirse a vivir a nuestro barrio.

Pues vaya, qué bien.

Curiosamente, uno de los hombres más desesperados que tenían el micro en la mano cuando los alienígenas se marcharon fue Syngman II Kim. Tiempo después, me enteré de que se había vuelto loco y que habían tenido que ingresarlo en una institución mental de por vida. ¿Por qué? No es difícil de imaginar, si uno piensa como un científico. Las últimas palabras que balbuceó Syngman, cuando la nave ya había saltado y se había perdido para siempre entre las estrellas, fueron unos gemidos lastimeros. La súplica de un niño indefenso que acaba de ser abandonado por sus padres, y que pudieron ser algo parecido a esto:

—¡No podéis iros, no nos dejéis aquí! Por favor, nosotros no sabíamos, fuimos incapaces de comprender que… que… No lo hicimos con mala intención, pensábamos que la linfa era vuestra manera de comunicaros

con nosotros. Engancharnos a ella fue un terrible error. No queremos estar solos de nuevos, durante milenios… Volved, os lo suplicamos, no nos abandonéis en el silencio… No nos dejéis otra vez solos… en el silencio…

»Solos… en el silencio…

[1] Conglomerado comercial japonés.

[2] Extranjero, en coreano. Pero en su acepción despectiva.

Víctor Conde nació en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias, España), en 1973. Sus referentes clave dentro del género han sido los grandes escritores norteamericanos, modernos y clásicos. Destaca a Arthur Clarke, Dan Simmons y Greg Egan, pero no se alimenta solo de ciencia ficción. La poesía de William Blake o los mundos de geometría oculta de los surrealistas también le fascinan. Se ha inspirado además en autores españoles como Ángel Torres Quesada o Arturo Pérez Reverte Tras ganar el premio Minotauro 2010, ha seguido publicando ciencia ficción y fantasía, alternándola con el género del terror. Con Minotauro publicó en 2011 "Hija de lobos", un relato de horror gótico emplazado en el siglo XIX, y la trilogía juvenil de los "Heraldos" con la editorial Hidra, con gran éxito de crítica. Su novela "Ecos" es Finalista al Premio Celsius de Ciencia Ficción y Fantasía.

Ha publicado en Axxón; en Ficciones: LA ASOMBROSA HISTORIA DE ENRIQUE Y EL HORROR TENTACULAR DE VENUS (nº 107), EL ARCHIVISTA (nº 109), EFECTO CAMPO (nº 118), EMPALME EN LA CINTA DE MOEBIUS (nº 160), YSOBELT Y LOS VISIONAUTAS (nº 161), EL ÁGUILA TATUADA (nº 172), LA HABITACIÓN OSCURA (NOVELA CORTA) (nº 201), LA ESCRITORA (nº 228), AVENIDA AMONÍACO (nº 260), EL BAOBAB DE LAS PALABRAS (nº 261), ONIROMANTE (nº 274), PAUSA PARA EL CAFÉ (nº 285); en Urbys: LA ÓPERA DE TODOS LOS FANTASMAS, LA FÁBRICA DE COMPRIMIDOS, LA FINCA ENTROPÍA, EL BAR DE SAN JOSÉ 5

Equipo

Axxón

Equipo de redacción: Carlos Daniel J. Vázquez, Carlos E. Ferro, Chinchilla Arrakena, Gustavo Courault, Marcelo Huerta San Martín, Pablo Contursi, Ricardo Manzanaro



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**